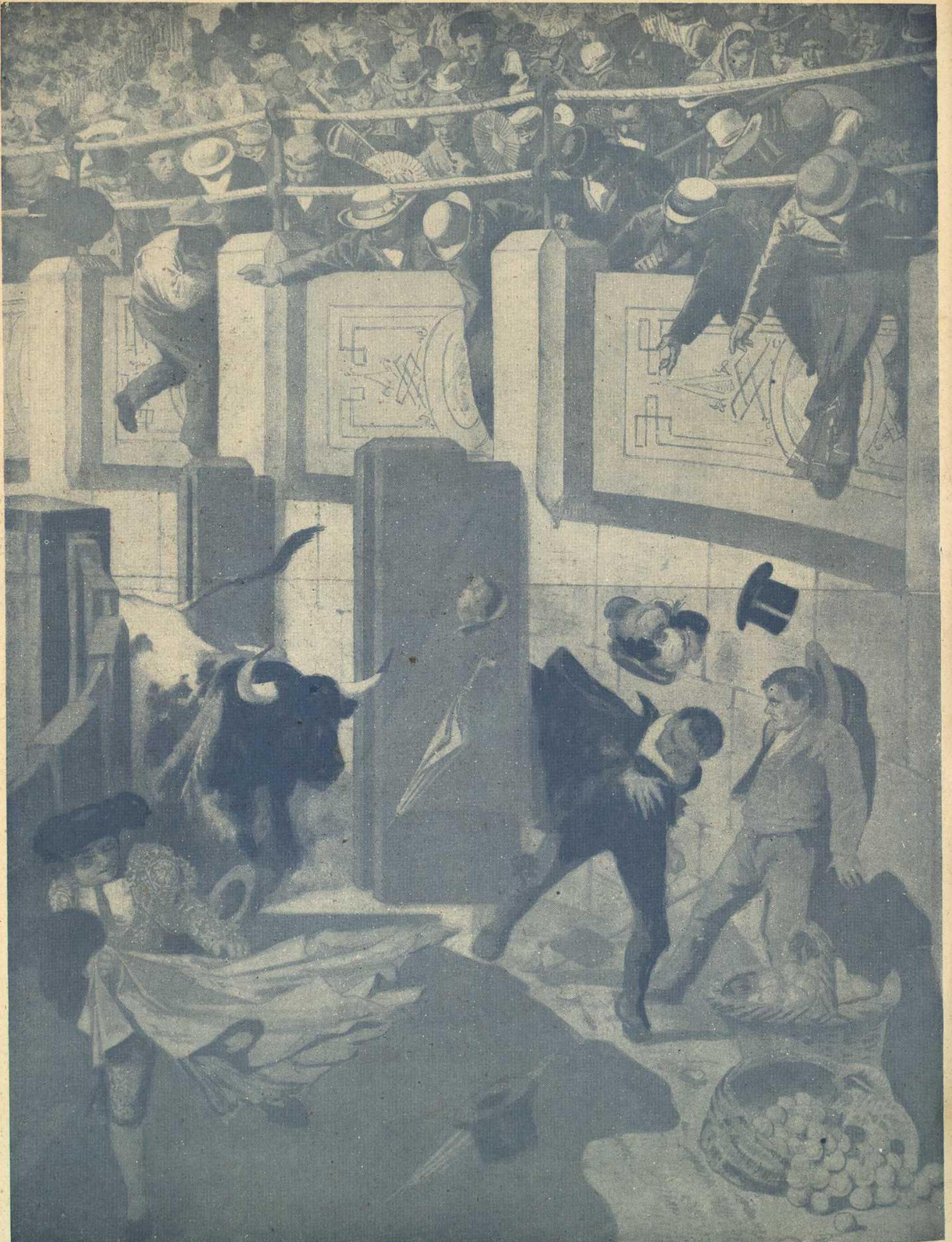


El Ruedo



1⁵⁰
Pts

AAVEDNA



¡A cuál de los tres!
(Dibujo de Lizcano, de "La Lidia")



El Ruedo

FECHAS DEL TOREO

La alternativa de

CURRO PUYA

28 de agosto de 1927

Puerto de Santa María

**Se la otorga Rafael el Gallo,
que le cede el toro Vigilante,
de Concha y Sierra**

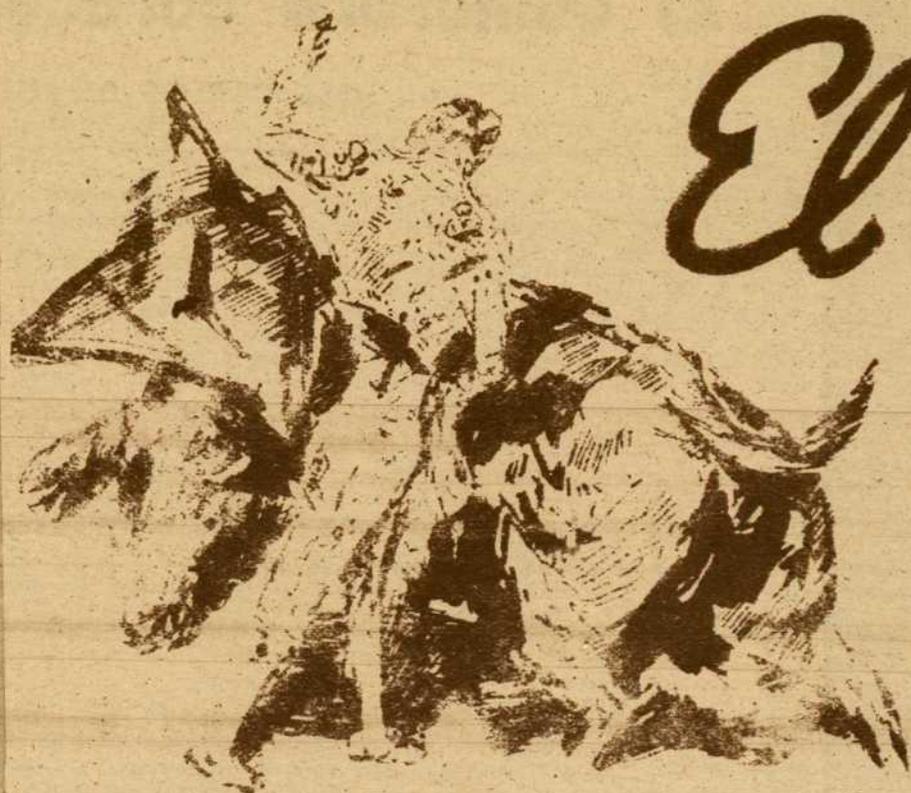
ORO VIEJO

POR ANTONIO CASERO

SALERI II



ANTONIO CASERO



El Ruedo

Suplemento taurino de MARCA

Año I -:- Madrid, 27 de diciembre de 1944 -:- Núm. 29



Pepe y Angel Luis Bienvenida preparados para jugar el partido de entrenamiento, ante el "sensacional" encuentro contra el equipo cineasta (Fot. Manzano.)

(Información gráfica en la página 24.)

PREGON DE TOROS

Por JUAN LEON



COMO resulta que prefiero los temas vivos, actuales, para hablar de nuestra fiesta, ni aun en esta época invernal me acomodo a ese recurso de la evocación de tiempos pasados. Entre hablar de Luis Freg y Rodolfo Gama o de Bombita y Joselito, prefiero hacerlo de Silverio Pérez y Carlos Arzuza o de Manolete y Pepe Luis Vázquez. Aquellos fueron y éstos son. Por la misma razón, entre esos famosos toros de muchos años y muchas arrobas, que nunca vi sino en dibujos más o menos exagerados, y éstos de ahora, pequeñitos y "apañaditos", prefiero éstos, porque éstos son los que yo tengo que ver, por suerte o por desgracia. La añoranza de unos tiempos

mejores, que sólo nos han de parecer mejores por lo que nos cuentan, se me antoja a mí menos eficaz que la crítica bien intencionada, aunque a veces resulte dura, de estos tiempos, que respetables aficionados, para los que guardo mi mayor consideración, encuentran abominables. Si sólo sus voces escuchásemos los aficionados de hoy, ni siquiera nos molestaríamos en ir a los toros; pero resulta claro que si nuestros abuelos no se atrevían a viajar en avión, nosotros sentiríamos verdadero pánico ante la necesidad de tomar una diligencia para ir a París.

Tenemos, pues, que estar en nuestro tiempo, con nuestros diestros y nuestros toros.

Ahora bien: nuestros toros, sin relacionarlos con los de la prehistoria taurina, ni siquiera con los que ya imponían, en sus respectivos tiempos, Guerrita y Joselito, son, como todos estamos conformes, no ya excesivamente chicos y jóvenes, sino blandos y descañados. Y este hecho, que se ha producido ante nuestros ojos en las últimas temporadas, es el que hay que evitar por algún procedimiento, sea el que sea, si se nos quiere salvar de una catástrofe a muy pocos años vista.

Digo esto, verdaderamente alarmado ante las noticias divulgadas por la Prensa taurina, en las que se anuncian ya tal cúmulo de corridas, con tantas y tan sugestivas combinaciones, que la verdad es que no me explico de qué toriles o madriguerras de caracol van a salir los bichos necesarios. Los empresarios más diligentes han comprado ya considerables cantidades de toros de las más acreditadas ganaderías, pagándolos, ¡eso sí!, más caros que en las últimas temporadas; pero, ¿debemos confiar en que la mercancía mejor se quiera con relación al aumento de precio?

Mucho me temo —y esto es lo grave de nuestro problema, que no es el de los tiempos de Lagartijo y Frascuelo— que no. La excesiva demanda ha provocado el aumento, y los señores ganaderos, a los que nadie ha puesto una cortapisa eficaz, porque no es —ya se ha visto— mucha más o menos, que van a realizar su negocio con mayor brillantez, aunque en las dos últimas temporadas, si tener para nada en cuenta los intereses del público pagano ni los de la fiesta en sí.

El remedio podría estar —acaso lo esté— en los contratos entre empresarios y ganaderos, si en ellos figuran algunas cláusulas, como parecería lógico y natural, en las que se condicionen las cantidades de los toros en el lugar y momento de su embarque; pero luego resulta que el empresario tiene prisa en dar la corrida, para llenar de duros sus talegos y los diestros...

—Vamos a ver—deberían exigir—, ¿me podría usted enseñar la corrida?

—Sí, señor—respondería, amable, el empresario—. Mírela en este corral.

—¿En qué corral?

—Sí, hombre; es esta "apañosita". De encargo para usted.

—¡Ah, sí!... ¿Se refiere usted a esas monas? Pues muchas gracias, pero no las quiero. Yo soy matador de toros. ¿Lo ha oído usted?

Pero esto es una fantasía mucho mayor que la de pensar que el público se cause del engaño.



"Torero", cuadro de Goya, grabado por Galván

Un compañero que hace reportajes *camperos*, como él llama consecuentemente a todo lo que le choca por tierras de teatral casticismo, se pregunta la razón de ciertas cosas que le sorprenden allende gavias y alambradas, a donde le encaminó su gusto profesional, sin que él se cuidara mucho del particular equipaje. Unas *pegas* las resuelve a su modo, y otras las deja en pie de aclaraciones, como la que le intrigó a la vera de un duque ganadero: «Por qué se le llamará cordobés a este sombrero de anchas alas y circunferencia casi perfecta, y no sevillano, malagueño o granadino?»

El tema —¡tan endeble!— tiene cierto interés, que despierta relativa curiosidad, y no vale satisfacerla diciendo a secas: —Porque el sombrero de marras nació en Córdoba.

—¿Cuándo y cómo?

Esto es lo que pretendemos aclarar para que los pocos castizos a la andaluza —como el menudo— que van quedando, conozcan, si quieren, las metamorfosis de su característico cubrecabezas.

Aseguremos, antes de todo, que nada tiene que ver en ellas Manolete, y cojamos la cometa en los tiempos de Goya, tan oportunos como manoseados en menestres de parecida índole, y démosle hilo hasta aferrar la muletilla.

Aclaremos una cuestión previa, que errada nos llevaría por sendas de confusos disparates: No es el castoreño el progenitor del sombrero cordobés, sino el chambergo, aunque parezca absurdo.

El castoreño, de queso y moña, privativo de manolos y chisperos, no lo adopta el pueblo andaluz, ni siquiera sus majos, que usaban del calañés y el catite o *span de azúcar*. Tiene aquél su bien ganada personalidad taurina desde antes de que el señor Pedro Romero inventara la muleta, para fijar al toro y darle la salida natural en la suerte de recibir, sirviendo de buen engaño sus desmesuradas proporciones y el colorín de la piña. Adoptada la muleta no le quedó al castoreño sino la misión de garbear el trabajado pelo de conejo, roedor que suplantó aquí, con su abundancia, la rareza de los castores. Y queda para los toreros e caballo, reduciendo luego

plón en cosas de poca monta, como inconcreto y desafortunado en las que mucha tenían, se apresuraba a acomodarlos en cuantas ocasiones —y todas lo eran— caían bajo su derecho al visto bueno, memoriales o peticiones, cuyos márgenes y entrerrrenglones rellenaba con distinguidos y añadiduras de su puño de ministro y letra de curial. Así, en aquel cartel de fiestas de toros celebradas en Madrid el lunes 21 de julio de 1783, reza la siguiente orden: «En conveniencia de los que ocuparen los asientos del sol, permite el «Gobierno» que durante aquel asiento pueda tenerse caída una ala del sombrero, a fin de conseguir con su sombra el alivio de aquella incomodidad, pero no en los demás parages sombríos».

Y ya el conde de Aranda, capitán general de Castilla la Nueva y presidente del Consejo, consiguió, a contrapelo de todos y berrinche de muchos, que el sombrero de tres candiles lo adoptara el pueblo como prenda de su traje ordinario, aunque se le resiste Andalucía, donde no desbordó el círculo de raparbas, ministriles y lacayos, porque el que medio comía por su cuenta y riesgo se refugió huraño en la montera.

Dícese que Paquiro y otros espadas, con sus cuadrillas, lo lucieron en la Plaza de toros de Madrid, siendo ya reina doña Isabel II. Si es cierto, obedecería al momentáneo capricho de un alcalde de Corte o a otra circunstancia fugaz y sin arraigo. Precisamente fué Paquiro quien dió entrada, por primera vez, en el traje de torear a la monterilla jerezana, tan popularizada en los retratos que del famoso diestro se conocen.

Ni Floridablanca, ni Aranda, ni el tozudísimo Esquilache, consiguieron que arraigara como sombrero lo que no daba sombra al rostro; y en los vaivenes de la política liberal fué de nuevo ganando alas, aunque por no soliviantar pasadas trifulcas se encolaran, imposibilitándolas de abarquillarse en candiles gachos sobre cara y cruz para enmascarar bellaquerías y favorecer conspiraciones.

Aquí de aquellas cuartetas de Catalina, endilgadas al «Comité Reformista del Sombrero», que en bromas o veras admitía orientaciones y consejos para el buen desempeño de su altísimo cometido:

El sombrero cordobés

Por JOSE CARLOS DE LUNA

su diámetro, rígido y duro con la humanitaria misión de ahorrar a los varilargueros descalabraduras y chichones; aunque hoy, descartadas tales contingencias, bien pudiera trabarse de alfenique.

Así, por Andalucía, si el terne usó catite y calañés, el pueblo capipardo y trajinero siguió aferrado al sombrero de altísima copa cónica y alas blandas, tocándose con la monterilla cuando repicaban gordo. Y si esta monterilla puede suponerse medida, prieta de caireles y madroños en lana y seda, o de velludo y badana, a palo seco, de Despeñaperros abajo, por tierras de la Mancha y Salamanca, se empujó como tarta y se hendió como mitra en monumental alarde de borjados, alamares y complicaciones.

Los españoles fuimos siempre amigos del sombrero baldudo, nieto del chambergo —¡tan aireado en Flandes y en Italia!—, y de la capa hasta los calcañales. Con los candiles gachos y los embozos a más de media cara, parecían nuestros bultos que iban de máscara a todas horas, y de resultas no se daban mano los alcaldes y los ministriles a echársela a los delincuentes, siendo muchos los que a beneficio del disfraz común lograban escape.

Si en Francia, desde los primeros días de su revolución, la moda achicó alas y levanta copas, no cuadran sus dictados en España, aunque tan torpemente influenciada por ideas y currutaquismo. Se enorgullece el pueblo de su sombrero, considerándolo, no sin históricos fundamentos, prueba y prenda de libertad y de nobleza. Y si muchos gremios claudican cuando la francesada, el de montereros no cede, ni siquiera a las bárbaras imposiciones de los invasores.

A cuenta de tan españolísima entereza dice graciosamente «el Solitario»: «En cuanto me busquen tres o cuatro premios grandes de la Lotería, he de fundar, a ejemplo de la Capilla muzárabe de Toledo, una tienda de monterero, aparte del objeto industrial que puede haber en el caso, para contrariar constitucional y pacíficamente las influencias parisienses y de extranjería. Cabeza enmonterada está asegurada de incendios para las cosas francesas».

Y remachando el clavo, allá van las décimas anónimas salidas a raíz de la batalla de Bailén:

«Si con fleco en la montera—y capote de alamares,—pensáis que no hay militares—de arrogancia verdadera;—esta victoria primera os hará acordar mil veces,—que los que saben cortesés—cortéjar, gastar el oro,—mentir y matar un toro,—saben vencer los franceses.»

De repique a misa mayor fueron los disturbios acarreados por las entrecruzadas medidas dictatoriales tendentes a dar fin con lo que bien se juzgaba un mal común, si radicó en aquel enmascaramiento de sombrero y capa.

El conde de Aranda preparó el terreno a los tres candiles apuntados o de quita y pon, cuyos ventajosos alegatos remitía su afrancesada Excelencia por vía diplomática al conde de Floridablanca. Este ministro de Carlos III, tan metódico y rami-



El chambergo fué su progenitor

LAGARTIJO recabó oficialmente para Córdoba la maternidad de su gracia



brero charro, sin la gracia de la truncadura en la copa y el cintón levantado del ala.

Figurémonos aquella especie de plato pardo o negro —ala de mosca o verde botella por los soles y chubascos—, y en el centro el conito; cuántas comparaciones ridículas zarandeadas por la gracia andaluza tendría que soportar el que le exhibiera!

Poco duró el engendro repudiado por la estética, embrionaria si queréis en el pueblo bajo; pero justa y atinada hasta en los pequeños detalles. Además:

las pelambreras que ya comenzaban a encresparse en rizados hasta en las barberías de cabo de barrio, no encontraban en el miserable conillo la holgada caja para sus arrequivos de tenacillas y zaragatona. La lógica dictó nuevas normas: el sombrero conservó el ala rígida y sin reborde, y elevó la altura del cono, truncándolo primero, para sustituirlo pronto por un cilindro, casi tal como ahora es la copa de los sombreros que nos ocupan, después de metamorfosis más o menos afortunadas y de retrocesos lamentables.

Córdoba, donde se establecieron y prosperaron desde comienzos del siglo XIX los famosos montereros lucentinos, fraguó estas variantes al gusto popular que los cordobeses aceptaban o repelían, cuando por tierras y pueblos de Sevilla, Málaga, y no hablemos de Cádiz, las monteras jerezanas, antequeranas o rondeñas, y el calañés —inspirado en la provincia de Huelva al soplo de los contrabandistas lusitanos—, seguían f-l-mes, aguantando en las cabezas de chorlito ponientes y levantuchos, solanos y terralazos, las brisas salineras de San Fernando y los arrebatos atmosféricos del Coto de Oñana; y por los tenderetes de pescado frito de la ronda de Chiclana y las marinas de Los Puertos, esos arrebatos de la manzanilla que tan pronto se desahogan por tangos como se condensan en la hoja buida de una faca taponera.

Y como en Córdoba, con el garbo de Lagartijo dentro y fuera de su profesión, se comienza a cuidar la ropa corta como en parte alguna, apunta el remilgo para su sombrero rígido y casi medieval en apariencia de yelmo o bacnete, que con poca gracia llenaba la misión de dar sombra a los rostros patricios y cobijo de las lluvias, que todo lo desmayan, a tufos y aladares, mechones al desgaire y patillas de bocajacha.

Rafael el Grande no se gustó con la tartera por remate, y, encorajinado quizá con la singraciería, le asestó un revés despreciativo, a mano vuelta, que resultó airosa abolladura. Aquel día memorable vió la luz en El Gran Capitán y calle de Gondomar el sombrero lagartijero!, famoso, porque de sopetón lo acepta la majeza del toro y la de garitos y Café Imperial.

El sombrero lagartijero recabó oficialmente para Córdoba la maternidad de su gracia, que luego, con abolladuras o sin ellas, ahormado de alas o con meticuloso alabeo, duros como el cartón piedra o con la flexible suavidad que el maestro Ariza enlució de plumas, con la copa



Montes: Primer espada de España. (Pintura de José Bécquer.)

más tirando a cilindro que a tronco de cono, con todas las particularidades, en fin, de su graciosa proporción, entre aseñoritado y campesino, se impuso por aquellas tierras de María Santísima, adoptándose en todas sin amargor de plagio y sin otras reservas que las pícaras y privadas con que todas quisieron distinguirse sin acertar ninguna con otro sabio papirotazo que lo modificara esencialmente.

El sombrero cordobés fué, es y será, mientras los modernismos no lo arrumben totalmente, y poco le falta al cursileo para saltar la banca, el protosombrero señor en la cabeza de los señores; el que da prestancia al labrantín, autoridad al tratante, significación al ganadero, categoría al flamenco, dignidad al ditero, consecuencia al castizo, autoridad al mayoral, crédito al corredor, gracia al patoso, razón a los celos... y, sobre todo!, sombra a la cara y garantía de no romper en hervores el meollo del que por obligación afronta aquel sol de justicia, que funde por agosto la gran campana de estaño al rojo blanco, que con badajo de fuego toca en Andalucía las horas de la siesta chicharfera.

Y para terminar este articulón de humos pedantes y lastre de cemento, o para que, al menos, no se le rechace con la coletilla *si non e vero...*, sin el azúcar de *ben trovato*, ahí va la iconografía que puede consultar el pacientísimo lector mientras yo tomo resuello para despedirme:

Ilustraciones de «Don Miguelito Caparrot», de Fernández y González, en la edición de Urbano Manini.

Reproducciones fotográficas en «Arte y artistas flamencos», de Ramón del Triana.

Dibujos grabados de Lameyer en la edición de lujo de «Costumbres andaluzas», de don Serafín Estévez Calderón, «el Solitario».

Los de la segunda edición de «Los majos de Cádiz», de Fernán Caballero.

Las popularizadas litografías de «La Lidia» y los grabados en madera de «El Dómine Lucas».

Colecciones de dibujos litográficos y grabados de Villamil, David Robert, Lewis, Vilaseca...

Oleos, dibujos y aguafuertes de Goya.

Lienzos de Vicente López, Esquivel, Eugenio Lucas.

Bejarano, «el Panadero», Lizcano, Denis.

Copa en que el hombre no bebe,—copa en que el ave no anida,—ni ha sido copa en su vida,—ni llamarse copa debe.

Alas que no dejan ver,—ni sirven para volar,—o se deben repletar,—o se deben extender.

Mueble que viaja altanero—del hombre en lo más augusto,—haga sombra como es justo,—o deje de ser sombrero.

Dixi: y en fin de verdad,—aunque de rubor me corra,—astos veros aceptad:—Van así... de vecindad;—como quien dice... de gorra.

Total: que ya tenemos al sombrero del pueblo corriente y moliente, con la copa flácida y el ala rígida, enfrentándose con el jacarero catite, demasiado pobre y desgarbado aquél y con la cómoda y excesiva prestancia éste. Pese al aparente antagonismo, se funden en la Sierra Morena, cuya capital caballeresca y aballista es Córdoba, y en la Sierra aparece por vez primera el patite modificado al uso de bandidos y contrabandistas, guardas jurados y conocedores, escopeteros de veda, buhoneros y mayorales: conserva la alta copa enmadroñada y suprime el reborde del ala, ya más ancha, porque embalsaba el agua. Así podéis apreciarlo en la cabeza de José María «el Tempranillo» —¡cada menos!—, popularizada su efígie, y la de su jaca, en la litografía del retrato auténtico que le hizo Lewis, cuando sus andanzas a lo Jorge Borrow. Y ya en camino de práctica comodidad, para qué la desmesurada copa que tropezaba en las ramas bajas de todas las encinas y en los copetes de todas las coscojas?

Se achicó el «pan de azúcar» conservando su forma de cono y los tres madroñitos a la hila: Algo así como ahora es el som-

SIN VISTO BUENO

LA ROPA DE TOREAR

Por EL CACHETERO

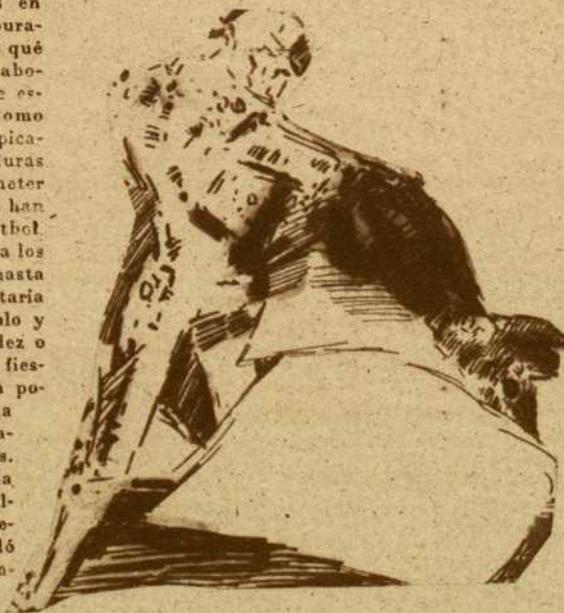


La batalla está perdida desde que de don Luis Mazzantini a Belmonte les dió por tirar por el camino fácil de vestir como el resto de los mortales. ¡Y cuidado que, según me dijeron anduvo bien vestido Manolete por lo corto y torero, en un homenaje reciente! Pero todo lo que se dijese en este sentido, en el que la torería se llevase tan honda que hasta en el vestir se notase, serían ganas de perder el tiempo en vulgaridades elegíacas de poca gracia. Si ellos han decidido vestir a lo señorito, ya no queda sino recomendarles que la torería no les salga a flote en corbatas gárrulas y chillonas, sino en la primera temporada de novilleros punteros. La verdad es que ni eso es presumible porque visten francamente bien, aunque no de toreros.

Lo de la Plaza, o sean los ternos de luces, ya es otro cantar en el que espadas y subalternos van incluidos. Creo que no quebranta la tregua prometida si digo que a mi parecer han descuidado mucho el traje de luces y que atravesamos una época en que no se viste demasiado bien a ese respecto. En primer lugar, los espadas dan de lado, siempre que hay ocasión, el traje bordado en oro, que es lo suyo, y se visten de plata o negro con demasia. En esto nos declaramos absolutamente rituales y por ello hemos de cargar entre las responsabilidades estéticas del espada, la de vestir de oro como primera. Al declinar el antiguo concepto de guapeza en la torería, el traje de luces fué despojado de mucha rigidez en el bordado, de mucha de su pesadumbre física, pero no caigamos en el extremo opuesto, en el pijama de torear, el que empieza por despojarse de oro y que acaba en cualquier pasamanería negra, liviana, confiada y despreocupada, que ni en día lluvioso resulta, pues para ello ya el mozo será avisado de preparar uno de más puestas, si ahorrar se quiere.

Luego está el color de la taleguilla, en que dicen que la poca elección ha forzado a que se ande un tanto monocorde en tal aspecto. Sólo en el de que ha forzado a recaer en los antiguos colores, el tabaco, el corinto, el verde y el grana, está bien la cosa. Por lo demás, muchas veces están mal encajados de tono, como si se hubiesen adquirido en bazar, y otras dicen poco en favor de la elección y el traje sienta como un tiro. Pero esto será lo raro, pues lo común es que casi todos parezcan lo mismo, demasiado uniformados en lo vulgar y corriente, sin que puedan señalarse aquellas personalidades del buen vestir que existieron antes. De ahí se salta a lo revolucionario —generalmente novilleril—, que es como para echarse a temblar si se mezclan flores y volutas. La verdad es que hay que hacer una excepción, la de Rafael Albaicín, que es el diestro que parece hacerse los trajes más a la medida de su buen gusto y de su personalidad, con gran resultado hasta ahora y que Dios se lo conserve y se lo aumente.

¿Y los peones? Eso de sustituir el blanco por la plata ya tiene poca gracia, porque origina unos resultados albos, sin brillo, que no hay por donde cogerlos. Nada dice ese color boreal en las plazas de toros, por más que se le contornee de plata. Los alamares negros, tan extendidos, entendidos tan sin personalidad y fondeados en amarillo o azul, ya son puramente horribles, y yo no sé qué razones de economía los abonarán, pero muy pocas de estética caerán a su pro. Como las que respalden a los picadores para ponerse armaduras pintadas de amarillo o meter en la calzona, pestos ojos lo han visto, una rodillera de fútbol. Yo no sé si se darán cuenta los que hacen el pasillo, hasta qué punto su indumentaria forma parte del espectáculo y desde qué límite, su dejadez o rutina, lastima también la fiesta. ¿Vamos a cuidarla un poquito? Pues ya no queda sino desear felices Navidades y Año Nuevo a todos. Y si esto se publica hacia el 28, asegurarles formalmente que en la última reunión ganadera se acordó el tope mínimo de las veintisis arriobas.



REVELACIONES DE OTRO EPISTOLARIO

EUGENIA DE MONTIJO en los toros

Por LUIS DE FONTEFRÍAS

NO muy erudito en la fiesta de toros y mal conocedor, por tanto, de la misma, no dejé, sin embargo, hace ya algún tiempo, de leer un bello artículo de Don Indalecio acerca de la afición que a la fiesta brava tenía nuestra ilustre compatriota Eugenia de Montijo, Emperatriz de los franceses.

Leí el artículo, que me trajo rápidamente a la memoria el recuerdo de una vieja lectura, que viene a corroborar por entero aquella afición de la que nos hablaba Don Indalecio, y de la que quiero dejar muestra en este artículo.

El libro que despertó nuestro recuerdo es uno de memorias del doctor Ernest Barthez de Marmoris, médico del Príncipe Imperial y miembro de la Academia de Medicina de París. El doctor Barthez había sido nombrado para este cargo en 1856, cuando el principito contaba tres años, y en razón de su cargo fueron varios los veranos que pasó con la Corte imperial a Biarritz.

Durante este tiempo, el doctor pasea con el Emperador, se va a leer a unas rocas solitarias frente al mar, escucha las atribulaciones de madre que le hace la Emperatriz y baila la "quadrille" con altas damas de la Corte, que le llaman "petit docteur" con mucho mimo, y escribe largas cartas, en que cuenta todas estas cosas a su mujer y su hija.

En las misivas están los días felices de Biarritz, con todas las pequeñas cosas que en ellos ocurrían, y dentro de los mismos, esos recuerdos turinos, en que la española pone su presencia y entusiasmo por la Fiesta Nacional.

Hay entre ellos el recuerdo de dos corridas y una fina anécdota. Quedan en primer lugar aquellas y para lo último ésta, en razón de la brevedad y de que acaso ya sea conocida de más gentes, que estas otras muestras taurófilas de la Emperatriz.

Una de las corridas celebradas tuvo lugar en Bayona un 18 de septiembre de 1856. Un domingo sería, en el que, después de una visita a los toros, acaso el apartado, se mataron cuatro grandes bichos, ya que el quinto, por su mansedumbre, mereció los cabestros.

Y esta orden, nos lo dice el doctor, la dió el mismo Emperador, y ante ella, nosotros, aun cuando nada añade el cronista, nos preguntamos si sería Eugenia la que le aconsejase. La Emperatriz, en el transcurso del espectáculo, conversó animadamente con su dama de honor. "Este día la española no perdió un instante la atención de lo que sucedía en el redondel."

Al año siguiente también hubo otra corrida, ésta un 31 de agosto, en la que la Emperatriz, acaso por preocupaciones, "mostró menos interés que el año pasado", si bien la fiesta fué magnífica, según nos cuenta Barthez, que, por otra parte, tiene por los toreros la mayor admiración que darse pueda, diciendo de ellos y de la corrida muchas palabras de encendido entusiasmo y definiendo "como un momento de angustia que "serre" el corazón" cuando el toro se mete contra el lidiador.

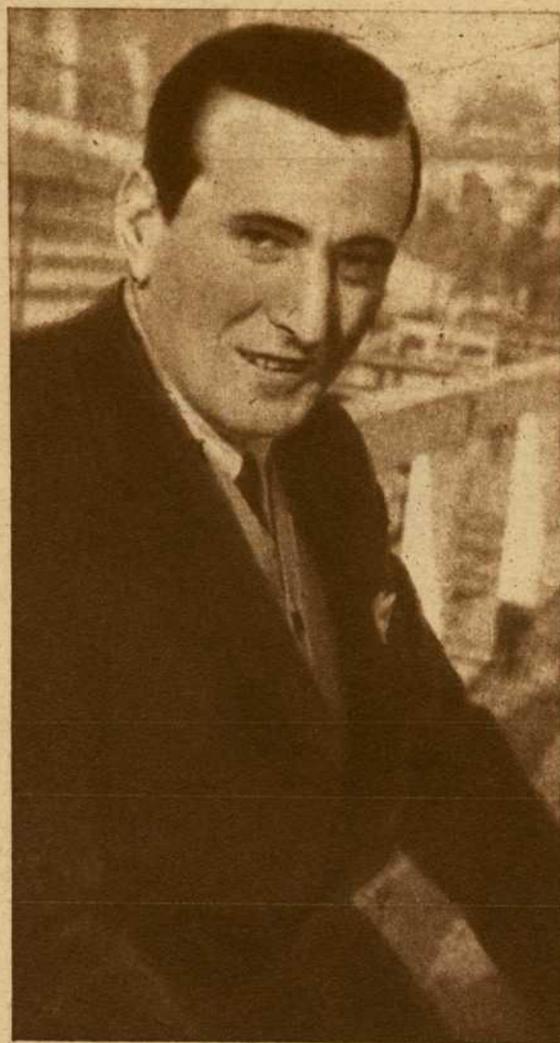
La conversación de toros y toreros solía también salir en las sobremesas íntimas de las corridas imperiales. En una de ellas, Eugenia hablaba con entusiasmo de la Fiesta, y su interlocutor le contaba los diestros que iban a torear en una corrida en Bayona —una de esas corridas de que ya hemos hablado—, cuando la Emperatriz, al oírlos, puso cara de extrañeza, y dijo: "No los conozco, no me suenan nada. ¿Dónde estaban cuando yo vivía en España?" "Con el ama", le contestó rápidamente el Emperador, y Eugenia, al volverse a él, le dijo entre el regocijo de todos con gran cara de seriedad: "¡Qué insolencia!"

Anécdota ésta y recuerdo el de las corridas que prueban una vez más la afición a los toros que sentía la Emperatriz, como nos contaba Don Indalecio y prueba este epistolario, que tiene todo el valor de esta clase de libros tan llenos siempre de interés y de encanto y que tanto se echan de menos —por contra de las bibliografías extranjeras— en la nuestra.



Eugenia de Montijo (litografía de Planas)

UN PICADOR EN EL FUTBOL



Luis Vallejo Barajas, en la tribuna de un campo de fútbol presenciando un partido

Ningún toro de los de antes aguantaría más de cinco puyazos de los de hoy—dice LUIS VALLEJO BARAJAS

“La carioca sirve para evitar que los “bichos” mansos sean fogueados”

“En la mayoría de los casos, actualmente, los toros no quedan picados”

Le duelen a uno los oídos de escuchar en los tendidos, en los cafés, en el tranvía y en el «Metro», por todos los sitios —hoy que la afición a los toros ha vuelto a resurgir y que los chicos juegan ya con la capa por las calles—, que la suerte de varas está en plena decadencia, que ni se sabe picar ni se puede, porque los toros no aguantan.

Y como la cuestión sigue en el aire y en estas vacaciones taurinas se sigue machacando sobre el hierro frío del tema, y la casualidad nos ha puesto junto a un joven y ya muy conocido picador, hemos aprovechado la ocasión que se nos presentaba para que nos dijera el varilarguero qué opina él, que ve las cosas desde su caballo, palo en mano, aguantando la embestida y alguna que otra caída más o menos dolorosa.

Muy joven es Luis Vallejo Barajas: veintiocho años, que le colocan como el más joven picador de tanda de los actuales. Perteneció a una familia en la que todos empezaron de «monosabios», y él, por no deshacer la tradición, también a los quince años vistió la gorra y blusa rojas y el pantalón azul. Hasta el año 1935 no se puso el casaca.

Nuestra conversación ha empezado evocando aquellos tiempos de los que los antiguos aficionados no se cansan de hablar. Nos referimos a aquellas corridas en que los caballos caían y caían como en las películas del Oeste, y los toros resistían puyazo tras puyazo con sin igual entereza, bravura y resistencia.

—Mire usted —nos dice—, yo no he visto esas cosas, pero creo en ellas, porque hay una justificación. Entonces no se usaba el peto y por eso se podía llegar a esas cifras en varas, que hoy nos parecen inverosímiles. Al menor tropiezo el caballo caía y el toro llevaba un refilonazo y había que insistir tantas veces como hiciera falta para que la fiera resultase picada. No conviene confundir ni embarullar la cuestión. Hay que distinguir y resaltar que no siempre que el caballo y el toro se reúnen, este último ha sufrido lo necesario como para considerar la suerte verificada. Entonces, en aquellos tiempos de que nos hablan, a fuerza de no tener más defensa el caballo que la que le proporcionaba el brazo del picador, la suerte se ejecutaba en trozos, que sumados daban el resultado apetecido. Si a uno de aquellos toros de record se le hubiese picado con peto, no hubiera pasado de la quinta vara.

—Y no es que yo quiera decir —prosigue— que los toros de hoy pueden aguantar tanto como los de antaño; pero sí le puedo asegurar que la mayoría de las veces en que el varilarguero llega al bicho con la puya, éste recibe ya una «carioca» seria, porque como el animal aprieta contra el caballo y no puede herir, el picador tiene base para resistir las tarascadas, apretar y dejar la suerte realizada, en parte, con un resultado positivo. Y como esto no se podía hacer antes —termina—, es por lo que se llegaban a esas cifras que hoy día asustan y conmueven.

—¿Entonces es por esto por lo que los toros de hoy no aguantan más puyazos y no por su poca fuerza y poco peso?

—Indudablemente que al ser el toro más pequeño, la resistencia ha de ser menor; pero a esta circunstancia hay que unir esa mayor eficacia del puyazo, que produce un quebranto mucho más grande que el de entonces, en menor número de veces. Sin embargo, a la mayoría de los toros de hoy no se les pica lo suficiente. Porque por esa aparente carencia de fuerza, en cuanto el animal dobla las manos, la gente se deja impresionar y pide el cambio de tercio, sin darse cuenta de que aquel toro se ha ido sin castigo y que como tiene casta y genio, en cuanto se rehace se pone duro y difícil para el espada, impidiéndole hacer una faena de muleta de las que hoy gustan.

Y continúa:

—Por eso son injustificados, en la mayoría de los casos, esos alborotos del público que abronca a los piqueros, ya que éstos —nosotros—, al apretar, buscamos solamente el beneficio del público, que pide al espada faena siempre, no pudiéndose hacer ésta sino cuando el bicho queda lo suficientemente dolido.

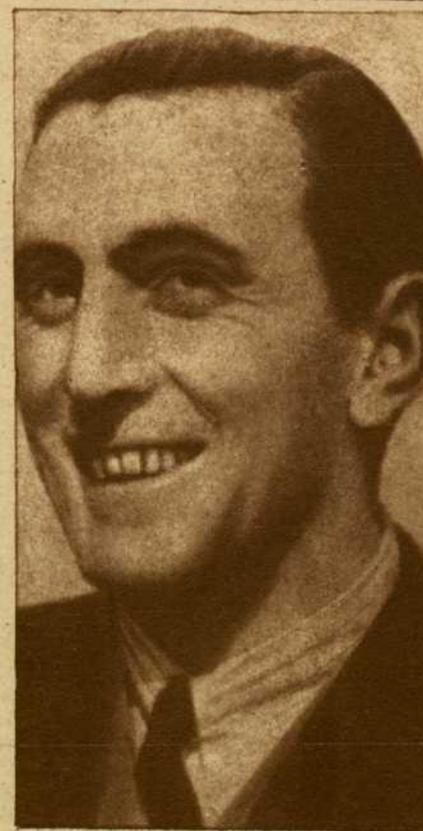
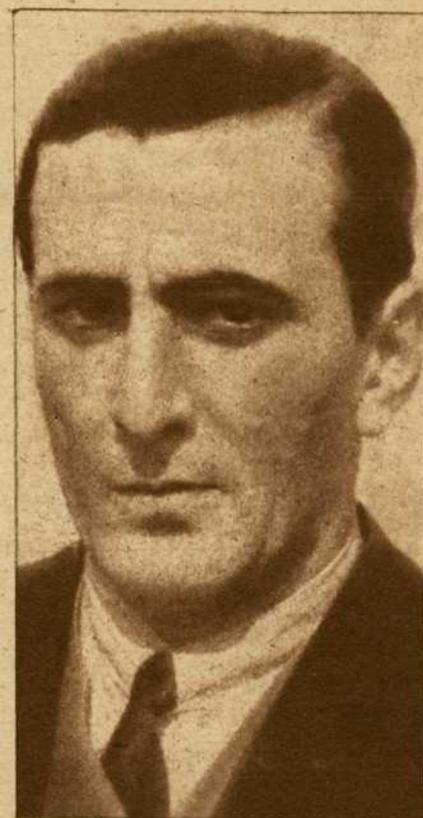
—¿Qué opina usted de esta moda en la ejecución de la suerte de varas que han dado en llamar «la carioca»?

—Esta modalidad ha venido como consecuencia del uso del peto. El toro bravo se hace la carioca él mismo. Al apretar contra el peto no encuentra la salida, y el caballo gira huyendo de las cornadas. Mientras que con los toros mansos, «la carioca» sirve para evitar que sean fogueados, pues al taparles la salida el picador, puede ejecutar su misión. Antes los toros eran condenados a fuego con mucha frecuencia; sin embargo, cuando ahora se le ponen las banderillas infamantes a uno, ya puede usted decir que es un bucy de carreta.

—¿Así que usted cree que esta invención ha beneficiado a la fiesta?

—Indudablemente. ¿Es que resulta mejor para la lidia un toro fogueado? Pues si valiéndonos de un artificio conseguimos que el número de reses fogueadas disminuya, creo yo que la fiesta y el público salen ganando con ello. Y sobre todo el público, que, al fin y al cabo, ha ido a la Plaza a divertirse y a ver juntar los pies a los toreros y bajar las manos y quedarse quietos. Generalmente, cuando salen a relucir las banderillas de fuego, como el toro se descompona más, nada de esto puede ser realizado.

Y como es en un campo de fútbol en donde estamos hablando —¡las cosas!— y Barajas nos ha resultado futbolista y el balón viene hacia él, el picador le atiza una «patada», nos dice adiós y sale corriendo.



Vallejo Barajas en dos momentos durante su charla

JOSE REDONDO, EL CHICLANERO

Por BARICO



José Redondo y Domínguez, el Chiclanero, nació en Chiclana el 13 de marzo de 1818. Murió en Madrid el 28 de marzo de 1853, día en el que José Redondo debía haber toreado la corrida de inauguración con Julián Casas, el Salamanquino, y Cayetano Sanz. Había llegado días antes a la capital de España en lamentable estado de salud, se agravó y, tras copiosa hemoptisis, dejó de existir.

Al morir el padre de José, que era labrador, decidió el muchacho dedicarse a la lidia de reses bravas. Le vio torear en Chiclana Paquiro, por entonces figura máxima de la torería, y enterado de la difícil situación económica en que se encontraba la familia de José, ofreció a éste un puesto en su cuadrilla. Aceptó entusiasmado Redondo y su maestro observó con satisfacción que el muchacho aprendía rápidamente sus lecciones y, lo que también era muy importante, ejecutaba las suertes dándole un sello muy personal. Tanto adelantaba el mozo que Francisco Montes le dijo un día: «En ti hay madera para muchas cosas, y si continuas aplicándote llegarás

adonde vayan pocos». El Chiclanero llegó, como había augurado su maestro, adonde pocos llegan.

Cerca de cuatro años llevaba con Paquiro cuando éste le dió la alternativa en agosto de 1842, en Bilbao, y el 19 de septiembre se la confirmó en Madrid, sin que hubiera ceremonia de cesión de estoque y muleta.

José Redondo fué una notabilidad con capote y banderillas; con la muleta sólo admitía comparación con su maestro, y con el estoque fué superior a Paquiro. El toreo de Redondo tenía algo de rondeño y de sevillano y no se le podía catalogar en ninguna escuela. Su competencia con Curro Cúchares mantuvo la pasión del público por la fiesta. El Chiclanero, por la indudable superioridad de su arte, venció casi siempre a Cúchares, cuyo mayor mérito fué el haber podido sostener la competencia con Redondo.

Desde que Paquiro le dió la alternativa en Bilbao, el Chiclanero mantuvo con altivez su categoría de matador de toros. Se cuenta de él que en la temporada de 1846 se organizó en Sevilla una corrida, con toros de Comesaña, que había de lidiar el de Chiclana. Llegó Redondo a Sevilla, se trasladó a Tablada y después de examinar detenidamente el ganado, se dirigió a un café en el que sabía que se hallaban reunidos los empresarios. Fué recibido con grandes muestras de alegría; pero él, bruscamente, dijo:

—Cabayeros, mañana no hay corrida.

—¿Cómo es eso? —repuso el empresario señor Berro—. ¿Ya empiezas con tus bromas?

—No, señor Berro. He visto el ganado en Tablá y a escape he venido a desirles que me güervo pa Chiclana en el primer vapor. José Redondo no es mataor de noviyos.

—Pero, ¿qué dices?

—Na, que tienen cuatro años y no los mato yo, porque me sobra vergüenza.

Y la corrida no se dió so pretexto de que se habían escapado los toros.

Repitamos que el protagonista de este hecho fué el Chiclanero y que ocurrió lo relatado en 1846. Hace casi un siglo. ¡Lo que cambia todo con el tiempo!

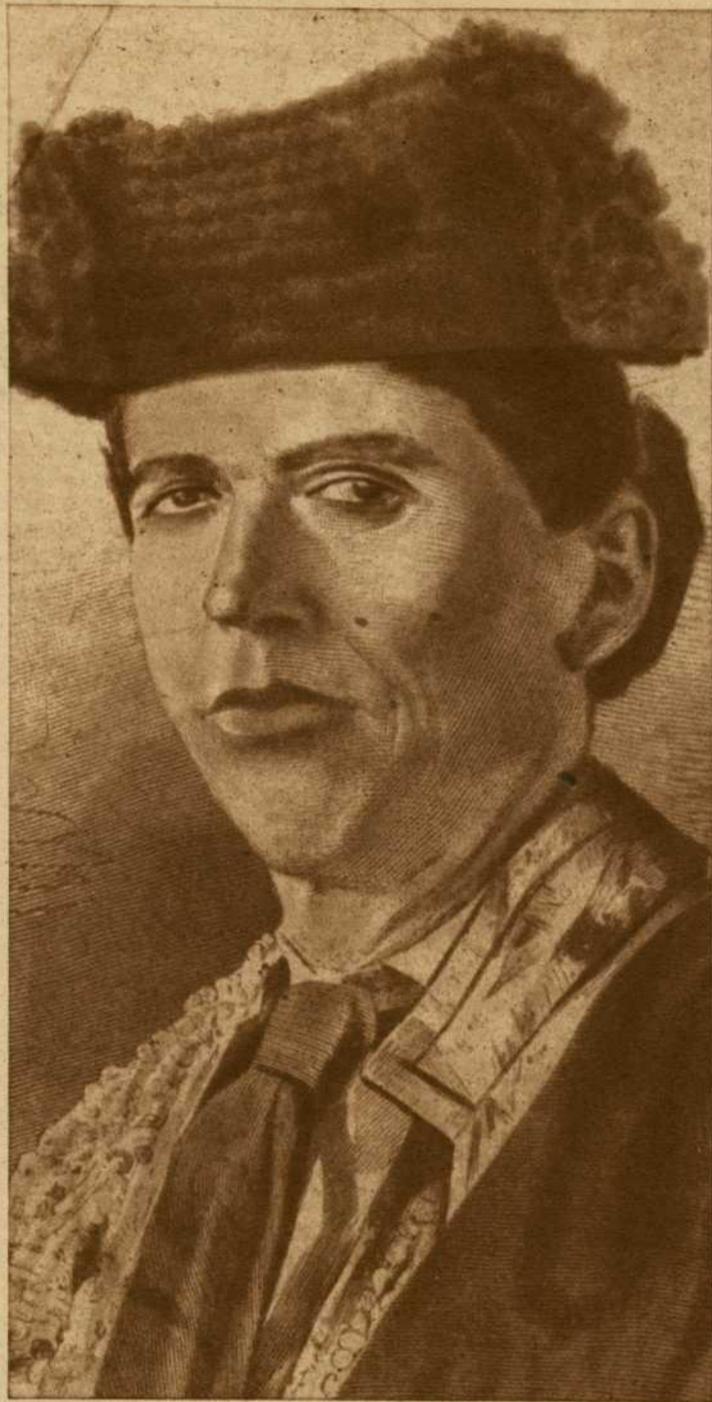
SU COMPETENCIA CON CURRO CÚCHARES

La competencia entre Curro Cúchares y el Chiclanero ha sido una de las más enconadas de la historia del toro. Curro, más impetuoso que Redondo, buscaba la ocasión de salir triunfante de su empeño a costa de cualquier sacrificio. Era verdad que en el toreo de Redondo apreciaban los públicos una superior calidad a la que tenía el arte del torero madrileño, que fué siempre considerado como sevillano; pero si tal evidencia era proclamada por la mayoría de los públicos españoles, no era tenida por tal por Arjona ni por sus admiradores sevillanos. Esta obcecación influyó, naturalmente, en el ánimo de los enemigos de José Redondo cuando éste, que había sido invitado por el gobernador civil de Sevilla para tomar parte en una corrida organizada para celebrar el natalicio de la infanta Isabel, se negó a torear alegando que sufría ataques catarrales a la garganta. Creyeron todos que tal alegación era un pretexto para no medir sus fuerzas con Curro, y aquel año (1852) la empresa de Madrid consiguió organizar una corrida en la que alternaron Cúchares y el Chiclanero. Los dos estaban en malas condiciones físicas. Curro Cúchares padecía una relajación en la pierna derecha que le restaba muchas facultades, y José Redondo veía minada su naturaleza por la tuberculosis que un año más tarde le llevaría al sepulcro. La indudable antipatía que había entre los dos toreros se trocó en rencor, y Cúchares, días antes de la corrida, mal aconsejado, hizo gala de su mala disposición para el que había de ser su compañero tardes después, y dijo, refiriéndose a la competencia en el coso madrileño: «Allí se ha perdido una cornada y veremos a ver cuál de nosotros la encuentra».

Se celebró la corrida, los dos matadores rayaron a gran altura, no hubo cornada y el público obligó a los espadas a simular una reconciliación que no sentían ni deseaban los dos toreros.

José Redondo, cada vez más agotado, no pudo cumplir sus compromisos al final de temporada, y en su lugar hubieron de hacerlo su segundo, Manuel Jiménez, el Cano, Cayetano Sanz y Gaspar Díaz, Lavi.

Antes de regresar a Andalucía, en septiembre de 1852, había firmado José Redondo compromiso para torear la primera corrida de la temporada siguiente en Madrid. Creyó el Chiclanero que durante el invierno lograría recuperar su salud. No fué así. Cuando en los primeros días de marzo llegó a Madrid comprendieron los empresarios que era imposible que aquel hombre pudiera torear. José Redondo se puso primero en manos de un curandero y más tarde en las del médico don José de Prada. Este celebró consulta con sus colegas señores Toca y Guardia; pero el estado del enfermo era tal que no hubo más acuerdo que el de disponer que le fueran administrados los Santos Sacramentos al diestro de Chiclana. Pocas horas después



José Redondo Domínguez, El Chiclanero

de la consulta de médicos, Redondo dejó de existir. Contaba treinta y tres años. Murió el 28 de marzo.

Aquella misma tarde debía torear, según el contrato que firmó meses antes, con Julián Casas, el Salamanquino, y Cayetano Sanz.

El cadáver estuvo expuesto en una capilla de la parroquia de San Sebastián durante día y medio y trasladado después al cementerio de San Ginés y San Luis, en el que recibió cristiana sepultura.

La caja fué colocada en una magnífica carroza mortuoria tirada por seis caballos. Llevaban las cintas Julián Casas, Cayetano Sanz, Manuel Díaz Lavi y Manuel Jiménez, el Cano. El cortejo salió de la parroquia de San Sebastián y fué por las calles de Atocha, Carretas, Montera y Fuencarral hasta la puerta de Bilbao, en cuyas afueras estaba el cementerio. Seguían al coche fúnebre ciento cuatro coches, entre los cuales iban el del gobernador civil y los de muchos grandes de España.

El gentío que presenció el paso del cortejo fúnebre obstruía las calles y los balcones de las casas del recorrido estaban totalmente llenos de aficionados y curiosos.

Los toros en la pintura de JULIO ROMERO de TORRES

Por M. BARBERI ARCHIDONA

CÓMO se elaboraba en aquel corazón tan favorecido por todas las alegrías de la vida un espeso sedimento de melancolía que parecía impregnarlo todo alrededor de Julio Romero de Torres?

Era, probablemente, esa tristeza sin nombre que es un aristocrático legado de la raza, y que había evitado en su vida toda estridencia, toda avidez, toda prisa.

Julio Romero de Torres vivía dentro de sí mismo, a pesar de los timones con que fama y amor querían sacarlo hacia lo externo de la vida. Tenía una sonrisa tan constante y tan pura que había llegado a fundirse a las líneas de su rostro, sin resaltar de ninguna de ellas, y en los ojos se le adormecía una ironía pura, sin hielo; ironía acaso de sí mismo.

Fué un gran aficionado a la fiesta de España. Buen cordobés, eso sí, y que no le hablasen de otra cosa. A la entrada de su Estudio, donde él amaba tanto ver morir los arboles de la tarde madrileña —aquel Estudio de la calle de Pelayo que olía a mentol de polvos dentífricos—, casi detrás de unas cortinas, bajo la poca luz de un farol de colores en forma de estrella, Julio Romero, que tenía nombre de torero antiguo, había instalado su museo taurino.

Era un museo pequeño y entrañable, con una breve colección de recuerdos gratos al corazón del pintor. Cosas de Guerrita, de Machaco, de Conejito, de Manene y de otros más, y hasta algunas reliquias de Lagartijo. Yo le había ofrecido la montera que el Guerra llevaba la tarde de su despedida; pero no pude cumplir mi ofrecimiento porque se me adelantó la muerte y se llevó a Julio Romero de Torres antes de que hubiera podido regresar de su casa de Córdoba, en aquel mes de mayo.

El pintor era un aficionado lleno de concentración silenciosa. Rara vez —nunca— hablaba de toros. Le hería la belleza de la fiesta en las fibras más vivas de su sensibilidad; pero le atraían sobre todo ciertos aspectos singulares de ella: el resol bermejo, tiñendo de sangre luminosa la arena, el desgarrero tremendo del pasodoble torero.

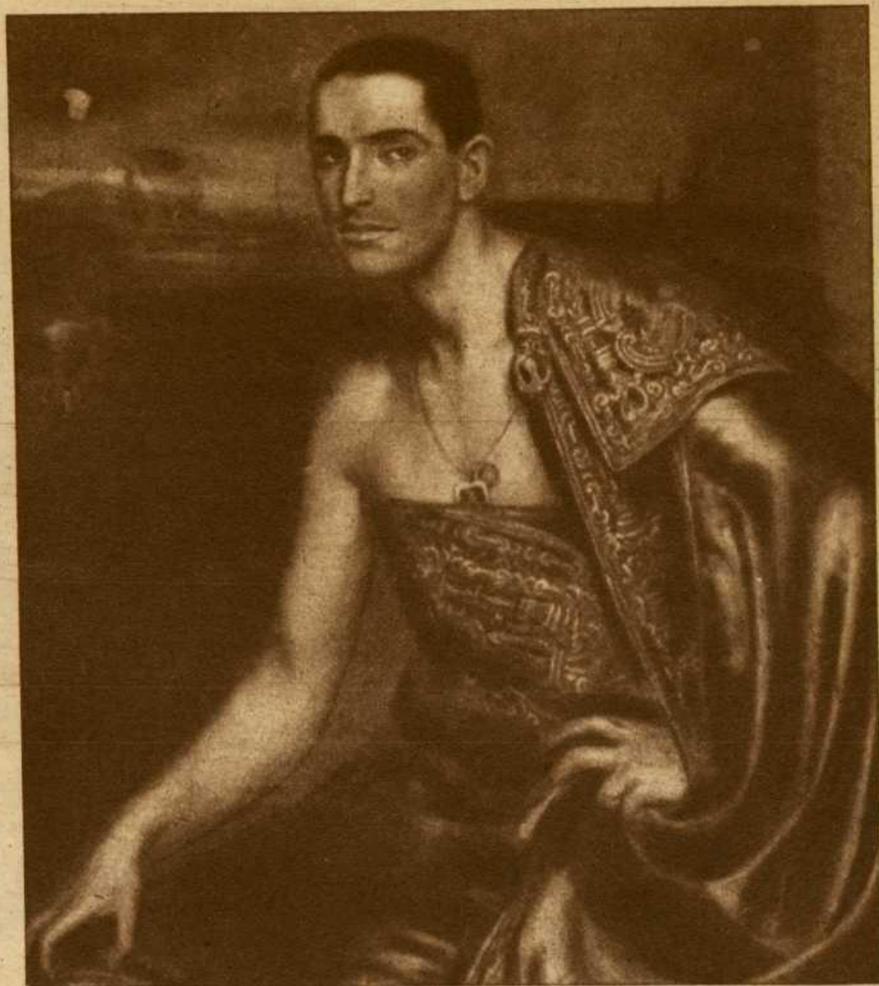
—¡Si yo pudiera pintar un pasodoble..., el alma de un pasodoble!

Lo pensaba, y acaso lo estudió sin resolverlo. El, que había pintado insuperablemente el alma de la copla, toda su tristeza, todo su celo, todos sus presagios, perseguía aquel embrujo del pasodoble torero, la música caliente, quejumbrosa, trágica y al mismo tiempo alegremente amarga. Esa alegría escalofriante que sólo puede sentirse bajo el cielo de España.

Julio Romero de Torres, que supo interpretar el destino dramático de la raza andaluza, como nadie lo había sabido; la «pena negra» de los gitanos, amorosa y terrible, especie de locura exaltada del dolor, y que puso su llama turbadora en el largo y fascinante cortejo de sus mujeres —«las mujeres de Romero de Torres», que han desentrañado y como «recreado» un tipo de belleza femenina—, soñaba con dar forma pictórica a ciertas abstracciones genuinas, inapresables, como ésta del pasodoble torero.

Le atraía sobre todo la tragedia, el rescoldo de tragedia de la fiesta. Sus mujeres con mantilla tienen los mismos ojos cernidos y ojeros cuando van al bullicio de la corrida que cuando acuden a las tristezas de un velatorio.

Sobre ellas gravita lo fatal, lo irremediable. Sus toreros —esos toreritos frágiles como bailarines que prenden sus banderillas o hacen sus quites en el fondo remoto —cortado por arcos romanos— de algunos de



Retrato de Juan Belmonte, obra artística de Julio Romero de Torres

sus cuadros, son juguetillos frágiles movidos por hilos de predestinación.

El, con sus pinceles, levantó a Lagartijo —ídolo de sus años mozos— el único monumento que tiene en Córdoba. Allá está, sobre un pedestal de tiempo, dando una larga «imponente» y crepuscular, mirando desafiante al «¿qué sé yo?» de su destino de torero.

Y allí está Machaquito, serio y esbelto, ceñido en el raso y el oro de su traje de luces, asistiendo, con la pompa de un emperador bizantino, a la ceremonia exaltada de «La consagración de la copla».

Y allí está «La niña torera», toda la tristeza turbia, baja, mísera, de esos escalones ya perdidos y borrados, en lo hondo de un paso oscuro: aquellos escalones por los que ella soñó subir hacia las cumbres, y por los que fué bajando poco a poco, hasta convertirse en la chiquita tristoná, desgreñada, derrengada, en un escabel de pino —triste trono de tantos sueños!—, y con la blusilla destrozada por las tarascadas de la fiera...

—Una cosa muy triste, las «niñas toreras» —decía delante de su propio cuadro, aquel gran amor del eterno femenino, que sabía comprenderlo, admirarlo, compadecerlo —según los casos y las circunstancias— en todas partes.

Y el retrato de Juan Belmonte, pintado en los momentos de máxima gloria del torero, que encarnaba de manera a un tiempo tan aguda y tan profunda la literatura trágica del toreo.

Juan Belmonte no fué retratado, sino «interpretado» por Julio Romero de Torres, porque justamente «interpretar» era su manera de retratar.

Falseó, sin duda alguna, el tipo «físico» del torero. Pero llegó al espíritu de lo que él representaba en la compleja estética de la fiesta. Tradujo, en rasgos de acusada adolescencia, aquel riesgo de la juventud ciega frente al peligro ciego. Dos fuerzas violentas, arrebatadas, enfrentándose en una exaltación de armonía, de luz, de gracia transfigurada.

Julio Romero retrató a Belmonte como él le veía a través de la belleza —entonces no superada— de su arte. Aquel arte que le convertía en otro. Sus manos son bellas, para que de aquella fragilidad casi femenil surja la muerte con un significado nuevo. Lleva sobre el pecho desnudo los símbolos de su fervor, y no mira a la arena donde su propia figura realiza uno de sus lances incopiables. Mira lejos, con ojos profundos, empapados de sino. Mira hacia el horizonte de los toreros, donde pueden lucir las antorchas del triunfo o los blandones de la muerte.

—Yo estaba un poco disgustado con Belmonte —nos había dicho Romero de Torres—, no por culpa suya, sino de mi mala suerte. En un momento difícil le vendí la *Carmen*, el mejor de mis cuadros, por un puñado de pesetas... Y luego me dió tanta rabia que cuando me habló de comprarme su retrato no quise vendérselo...

Se reía al decírmelo como el chico que hace una travesura.

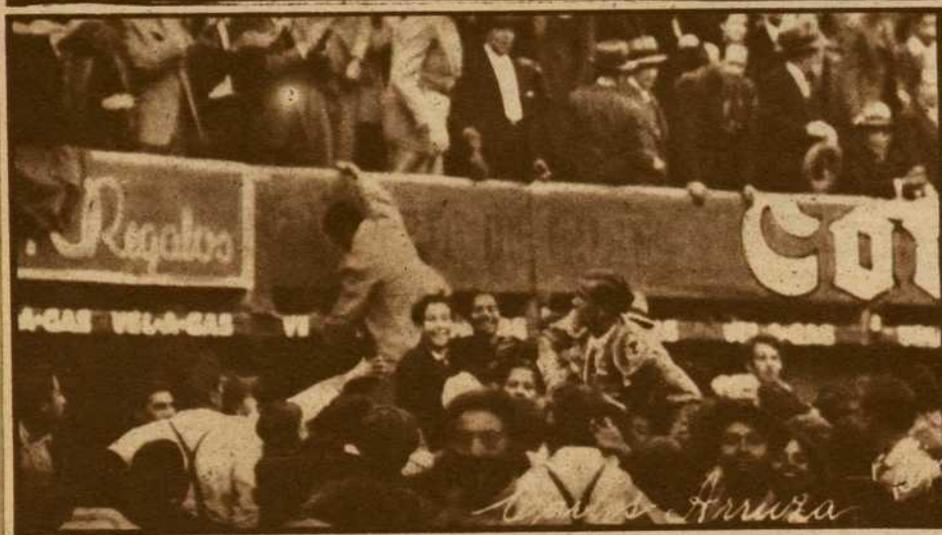
No sé si después volvería de su acuerdo. Lo que sé es que ese retrato de Juan Belmonte es en realidad el retrato genérico de «el torero».



El gran pintor cordobés Julio Romero de Torres

HECHOS Y CONTRASTES

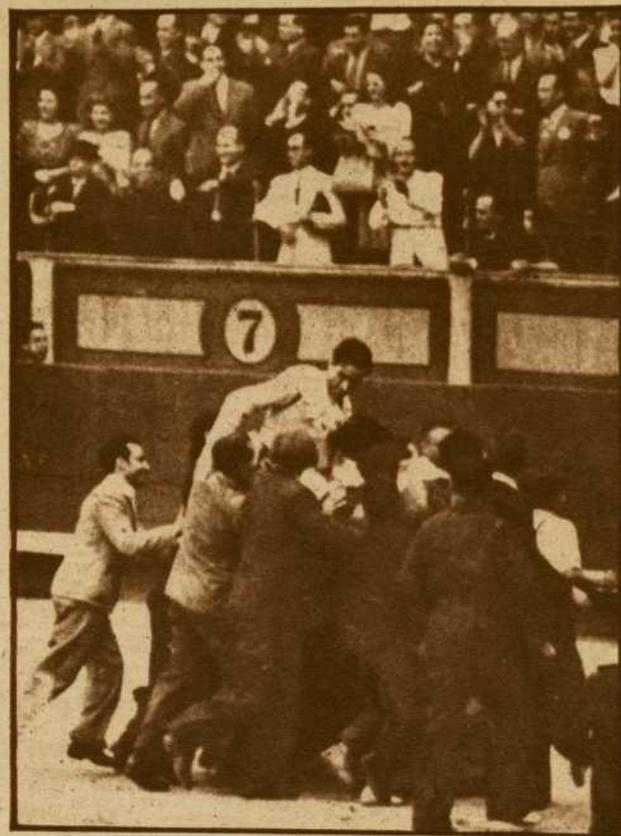
ARRUZA, el ciclón mejicano



En este reportaje gráfico del coloso del toreo moderno podemos apreciar fases cumbres de su inigualable clase.

Las grandes figuras siempre han sido discutidas, pues cuanto más alto se llega, más exigencia y dureza tiene el público al enjuiciar al artista, por muy depurado que sea su arte y temerario su valor.

Tal es el caso espléndido del genio mejicano del toreo en una embriaguez de gloria que arroja destellos incomparables en el

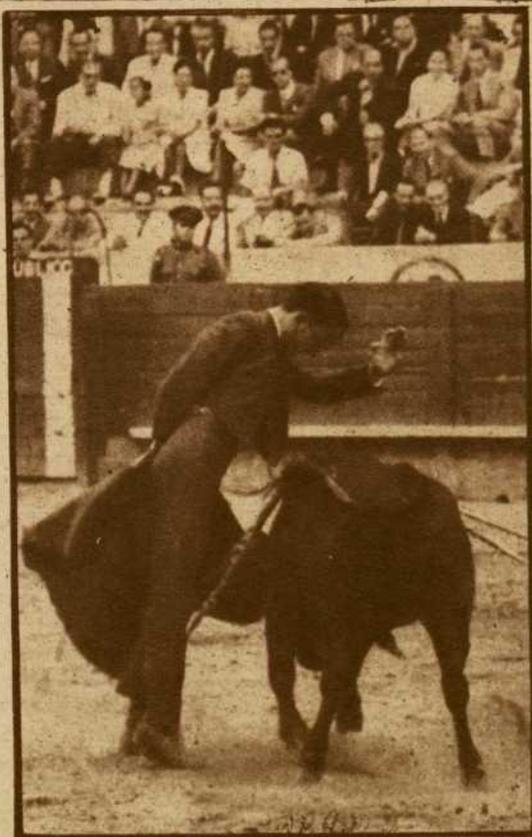
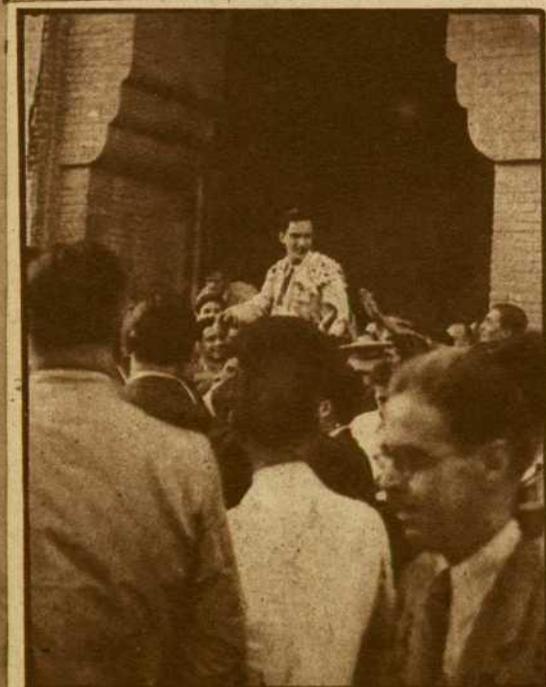


firmamento taurino. ¡CARLOS ARRUZA!, vibrante glatin que enardece y entusiasma a las muchedumbres, que presencian absortas y maravilladas los nuevos y luminosos conceptos del arte taurómico.

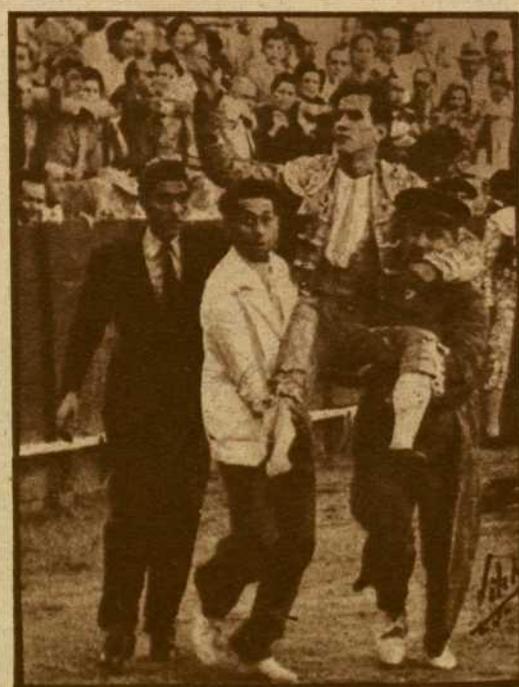
En la foto primera vemos a ARRUZA en la Plaza de Córdoba, entre las protestas del público, de este mismo público que, poseído de delirante entusiasmo, le concedía en Sevilla las orejas que exhibe en la foto número 5, cuando es conducido gravemente herido con una cornada a la enfermería.

Las fotos 2, 3 y 4 son vivos reflejos de los triunfos apoteósicos alcanzados por ARRUZA en Méjico (única figura que ha cortado orejas en la Plaza de El Toreo), Barcelona y Madrid cuyos públicos se rindieron enfervorizados al arte de calidades y dimensiones desconocidas hasta la fecha.

En la próxima temporada el nombre de CARLOS ARRUZA constituye símbolo de fervor y entusiasmo para la afición y garantía de todo cartel cumbre. En nobilísimo empeño, las Empresas que contratan a ARRUZA (entre otras, Logroño, Bilbao y Pamplona) disponen de cantidades que invierten en fines benéficos, y podemos augurarles, dado el cartel que ARRUZA tiene en nuestro país, que verán multiplicados sus ingresos benéficos, pues el público español espera con ansiedad la reaparición en la próxima temporada de este auténtico genio del toreo contemporáneo.



ARRUZA en un original pase de su invención, en un festival benéfico celebrado en Barcelona



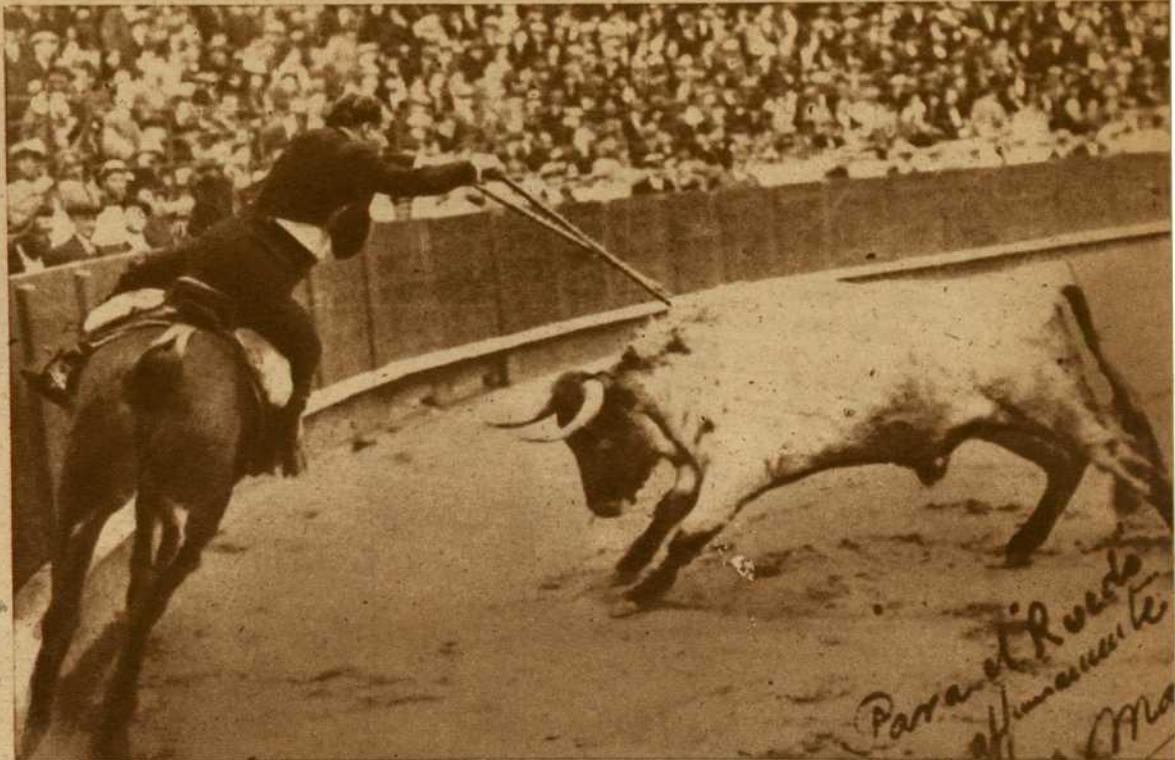
EL DIFÍCIL ARTE DE TOREAR A CABALLO



Marcet, hoy

ANTONIO MARCET,
el que fué gran
rejoneador, hoy
profesor de equitación,
habla para EL RUEDO

«La emoción en la
fiesta, está en relación
con el "respeto" que
infunda el toro»



Un gran par de banderillas a caballo, que clava Antonio Marcet a un "respetable" astado, como puede verse en la foto

ALLA por el año 1922, Antonio Marcet compartía con Cañero, su homónimo de pila, la difícil práctica del arte de rejonear.

—¡Alto ahí! —me aclara Marcet con natural y simpática modestia—. Conste que yo tenía una categoría inferior a la de Cañero, y que por ello actuaba en donde él no rejoneaba.

Y añade, palmoteándose el amplio tórax:

—Yo, que por aquel entonces rejoneé todos los sobrereros que había en todas las Plazas de España. Mine usted si sería así, que no recuerdo haber rejoneado en una sola corrida dos toros del mismo hierro.

—¿Es que siempre eran dos las reses rejoneadas?

—¡Siempre! Pero, además, había que rejonearlas una detrás de otra, sin descanso. No como ahora, que de un toro al otro hay tiempo para reponerse, para resfriarse y para curarse del resfriado.

Es lástima que la pluma no pueda reflejar el acento y la expresividad con que se manifiesta este gran artista y bondadoso caballero, nacido hace cuarenta y seis años en Algeciras, y cuya afición hípica le viene de herencia, ya que su padre fué honorable Teniente coronel de Caballería, y él, desde los cinco años, cabalgaba, siempre a escondidas, el primer potro que caía en sus manos.

—¿Así es que, en sus tiempos, el rejonear resultaba más difícil que ahora?

—¿Qué duda cabe! Sólo toros salían por los chiqueros, con muchos kilos en los lomos y unas puntas que parecían agujas de inyecciones. Hoy, en cambio, en los corrales de las Plazas no puede faltar ni la lima ni la sierra. Los toritos salen muy terciaditos, con la cabeza arregladita y los pitones recortaditos. Ahora el riesgo es menor, y para adorar a la afición hay que realizar con la cabalgadura florituras de alta escuela.

—¿Entonces, Alvaro Domecq...?

—Cuidado, que no he querido dar la intención que usted supone a mis palabras. Alvaro es un magnífico caballista y el mejor rejoneador español de hoy, ¡así como suena!, al que admiro por su arte y por su filantropía.

—¿Y Cañero?

—Cañero ha sido excepcional. Belmonte a pie y Cañero a caballo revolucionaron el toreo. Antonio ponía en todas sus actuaciones un gran corazón y un enorme valor. Siempre rejoneó a la española: quebrando en el estribo. Ahora, la escuela portuguesa dejó sentir su influencia y se rejonea "a la garupa", esto es, a toro seguido, con lo que el peligro es menor.

—De los portugueses, ¿cuál fué, a su juicio, el mejor rejoneador?

—El Nuncio.

—¿A él debe el haber sido rejoneador?

—No; se lo debo a otro portugués: a Casimiro, a quien vi actuar por vez primera en Jerez el año 1920. Al día siguiente hice en campo abierto todo lo que le vi realizar en la Plaza.

—Y usted, ¿en qué año se retiró?

—En el 36.

—¿Por qué?

—Pues me retiré porque me casé y mi mujer me lo pidió... Además, la guerra...

Cerca de una década ha transcurrido desde entonces, y el polvo de esos años ha dejado su marca en la figura de aquel mozo artista, espigado y valiente, que es hoy profesor de equitación de El Ecuestre, picadero que regenta, y del que también es copropietario. En sus listas de alumnos figura lo más escogido de la aristocracia barcelonesa, y una de sus alumnas, María Angeles Rocamora, entusiasta de la Fiesta española y cuya belleza de tez morena parece arrancada de un lienzo de Romero de Torres, atraída por el verbo de Marcet, presta atención a esta conversación. El cerrado ceceo de su hablar y su campechana franqueza la escuchamos ahora en el mostrador del bar de su Escuela. Unas emendias realizan el milagro de que nuestros vasos siempre estén llenos, a pesar de ser vaciados repetidas veces. Entre sorbo y sorbo seguimos conversando.

—¿Qué otras reformas se han introducido en el rejoneo?

—Varias. Antes existía un reglamento que obligaba a que los arponcillos y rejones tuviesen determinadas dimensiones y establecía el orden de colocación de estos hierros. También exigía que el rejoneador, caso de no haber sabido matar al toro desde el caballo, echase pie a tierra y lo matase, previo trasteo de muleta, con el estoque. Hoy, o no existe reglamento o si existe no se cumple: no se investiga el tamaño de los rejones, y el caballista es libre de colocar, en el orden que le plazca, rejones de hoja de peral, de tope, arponcillos y banderillas, y si a pesar de eso el toro no muere, entonces puede despacharlo cualquier subalterno o sobresaliente de espada... ¡Menuda diferencia va de ayer a hoy!

—¿Cuál fué el año en que en más corridas actuó?

—El 1930, que rejoneé en 23.

—¿Y qué ganaba entonces un rejoneador?

—Alrededor de las seis mil pesetas.

—¿Y hoy?

—Unas quince mil, aproximadamente.

—¿Qué condiciones debe reunir el ganado para ser rejoneado?

—Las de ser bravo para el caballo y tener poco temperamento. Para mí, los toros mejores fueron los de Trepalacios y los de la Viuda de Soler.

—¿En qué Plazas tuvo los mayores éxitos?

—En las de Barcelona, San Sebastián y Valladolid.

—¿Y su mayor fracaso?

—La tarde más desgraciada se me dió en Alcoy, en el 33, con Veraguas.

—¿Qué sucedió?

—Que al primero lo maté como pude.

—¿Y al segundo?

—Lo mataron a tiros, porque no había bueyes para llevarlo al corral. Aquella tarde alternaba conmigo Palmeño. Los veraguas tenían la negra para mí: otro bicho de esta ganadería, al ponerme un par de banderillas, me metió el pitón en la boca, me sacó tres dientes y me agujereó el paladar, sin desmontarme.

—¿Banderilleaba usted a dos manos?

—Sí, señor; en España yo fuí el primero que lo hizo, y fué en el año 25 y en Gerona; aquel día torear conigo Méndez, Rodalito y Andaluz. Citaba con los palos en la diestra, y así me dirigía al toro; luego, en el momento de la reunión, cogía los garapullos con las dos manos y llevando al caballo con las piernas, clavaba los arponcillos. Y eso lo hacía con toros sin embolar y sin aserrar los pitones.

—¿Y no le cogieron más veces los toros?—Ahora es la guapísima María Angeles la que pregunta al tiempo de volver a llenar los vasos.

—A caballo, no—responde pronto Marcet—; pero al echar pie a tierra, sí. Tres cogidas graves he sufrido: una, en Málaga, el año 24; otra, en Nimes, el 27, y la última, en Barcelona, el 29. Y es que yo, si bien era seguro con el estoque, fuí siempre torpe con la muleta.

A requerimiento de la inteligente amazona, Marcet cuenta la siguiente graciosa anécdota:

—Ocurrió en Francia, en el velódromo de Nancy. Me habían contratado para rejonear un toro; se había hecho mucha propaganda, y en el lugar había más de cuarenta mil personas. Cuando llegué allí creí morir. Entre travesaños tenían encajonado a un buey y lo estaban embetunando las pesuñas, cepillando la piel y abillantando los cuernos. Yo, a fuerza de pruebas, les convencí de que "aquello" era inidiante, y hubo que buscar otro toro que había a más de mil kilómetros, y al cual rejoneé dos días después. Gusté tanto, que hube de actuar varias veces más ante los franceses.

—¿Siempre con éxito?

—De seguro.

Reímos los tres y apuntamos el último sorbo. Al dejar el vaso, Marcet vuelve a asegurar que hoy la Fiesta española ha perdido hombría y emoción:

—Compare usted las fotografías de los toros antiguos con los de ahora, y después hágalo también con las de los toreros de entonces y con las de estos modernos. Aquellos reflejaban en sus semblantes la constante preocupación de un grave peligro; los actuales sólo expresan en sus caras contento y tranquilidad.

Encuentro tan acertada esta apreciación, que considero merece ser el punto que ponga fin a esta entrevista. Por ello, me despido de este simpatísimo profesor de equitación, que supo mantener el sello aristocrático que, desde los tiempos del Emperador Carlos I y de Don Sebastián, Rey de Portugal, revistió siempre el arriesgado y difícil arte de alancear a caballo.

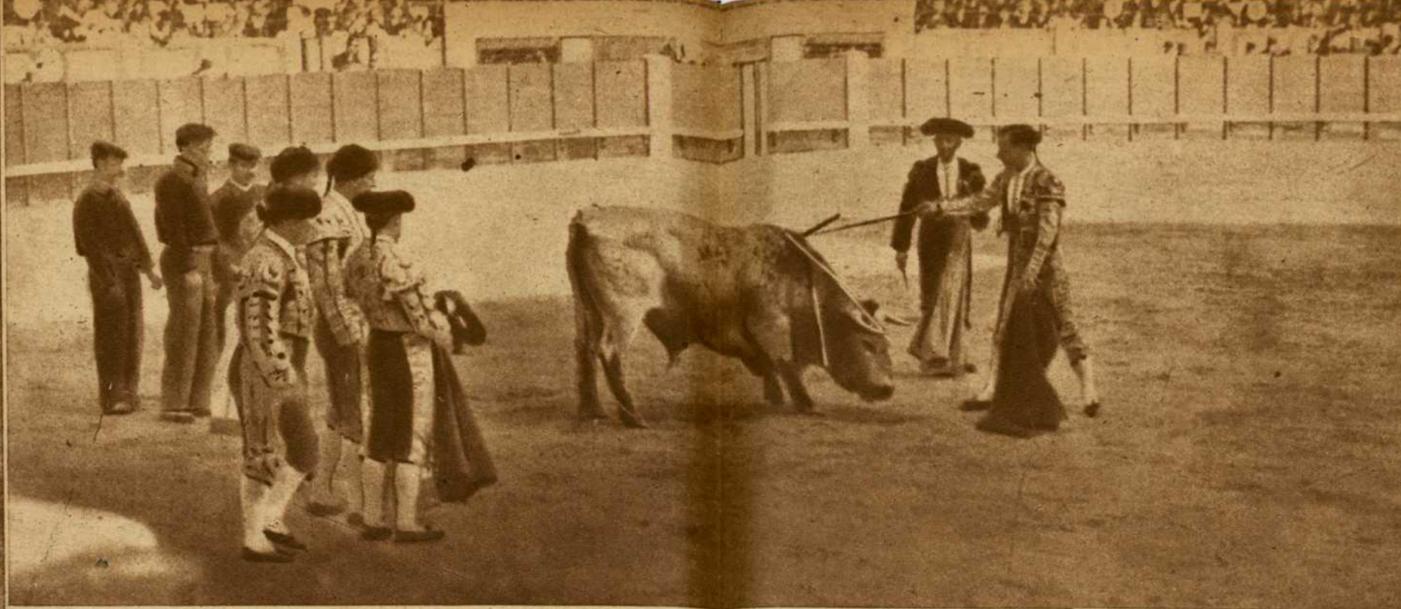
ANTONIO DE ARMENTERAS

Marcet entrando a matar





Un gran pase de pecho de Vicente Pastor durante una de aquellas faenas sobrias y ajustadas que tanta fama dieron al diestro de Embajadores.



Plaza de Madrid. El toro va a doblar. Vicente Pastor acaba de "propinarle" un estocazo de los suyos. Tan pronto saque el estoque, el bicho "estará en disposición" de que intervenga el puntillero.



Un muletazo por alto con la izquierda de Vicente Pastor. El toro, como puede verse en la fotografía, tiene "sus" arrobos y "sus" pitones.



Dando la alternativa en Méjico a Chanito.

VII

UNA de las mayores ilusiones de quien aspira a ser matador de toros, es la de presentarse en Sevilla.

Tiene este deseo una justificada explicación porque en el histórico palenque sevillano se contrastan las condiciones artísticas de los toreros, siendo el fallo de los aficionados de la ciudad del Betis el que influye de notoria manera en la carrera de los noveles lidiadores.

Es además Sevilla la llave de todas las Plazas andaluzas y un éxito en el coso del barrio del Baratillo repercute inmediatamente en la tierra de María Santísima, abriéndose al triunfador, de par en par, las puertas de todas las plazas.

El Chico de la Blusa, que aun no había actuado en Madrid alternando con dos novilleros, pues sólo lo había hecho como complemento de diversos espectáculos, hallábase animadísimo con su presentación en la cuna del torero, y a tal estado llegó su entusiasmo que apelando a sus aborros encargó al famoso sastre Uriarte un traje verde y oro. ¡El primero que a la medida estrenaba en su torera vida! ¡Y dónde, mejor que en Sevilla, allí donde el buen gusto de los aficionados al detalle tenía éste una gran importancia!

Llegó por fin el 12 de agosto, y Vicente, con Alejandro Alvarado, Alvaradito, y Francisco Palomar, Palomar Chico, cruzó el albero del sevillano ruedo ante la curiosidad del público, que tenía del debutante las mejores referencias.

En esta novillada, el Chico de la Blusa estoqueó en tercer lugar el novillo Pimiento, número 8, castaño, bien puesto, de la ganadería de Conradi, y cerrando plaza a Cubero, cornialto, del vizconde de Martinho.

Con ambos cornúpetas el madrileño se hizo aplaudir por la voluntad que en todo momento puso a disposición de los espectadores.

Del *Noticiero Sevillano* son las breves líneas que reproducimos, firmadas por su cronista en puntas, «Uno», referentes a la labor del nuevo espada:

«El Chico de la Blusa está de enhorabuena. El público le ha tratado con gran cariño y benevolencia, premiando su valor y voluntad con grandes y repetidas salvas de aplausos.»

Consecuencia de tal triunfo y del interés que

Historia taurina de VICENTE PASTOR

Su presentación en Sevilla. — Novillero de feria. — La opinión de un crítico sevillano. — El estreno del traje verde y oro. — La primera vez que toreó miuras. El cartel del Chico en alza. — Un hijo modelo. — El torero de la calle de Embajadores

Vicente despertó entre los aficionados de aquella bella capital fué el hecho de ser nuevamente contratado nada menos que para la tradicional feria de San Miguel.

El cartel de esta feria de 1900 lo constituyeron dos novilladas y una corrida de toros.

La primera de aquéllas se celebró el día 28, lidiando «mano a mano» novillos de Concha y Sierra Manuel García, Revertino, y Manuel Jiménez, Chicuelo, padre del actual matador de toros.

En la del siguiente día, 29, dichos espadas y el Chico de la Blusa se las entendieron con seis miureros, que mataron catorce caballos, y como si no hubiera toros en Andalucía, en la corrida del 30, Francisco González, Fajco y Antonio Montes toraron y mataron seis reses portuguesas de ¡Palha!

Lucidísima fué la intervención de Vicente en esta segunda novillada de la feria septembrina, siendo sacado en hombros de la chavalería sevillana por la puerta del Príncipe, al finalizar el espectáculo.

Y «Uno», el antes dicho revistero del *Noticiero Sevillano*, volvía a decir del madrileño novillero lo siguiente:

«El Chico de la Blusa, más que valiente estuvo temerario. Mostró buenos deseos con el capote y la muleta, amenizándole la música, y no quedó mal con la espada. Tiene que prodigar menos el corazón y usar de más inteligencia. El público sevillano está con el muchacho.»

No se le ocultó a Vicente la importancia que tenía para su carrera un triunfo en Sevilla, y a Sevilla fué a jugarse el pellejo en sus dos actuaciones que hicieron cambiar el rumbo de la temporada.

Porque a partir del citado día 12 de agosto, sus contratos aumentaron y sus actuaciones lo fueron ya en palenques de importancia.

Cuatro novilladas más toreó en el referido mes de agosto: el 15, en Jaén; el 25 y 26, en Valencia

Alcántara, reses de Palha, y el 30, en Calahorra, despachando con Cocherito de Bilbao seis «zalzuendos».

Por primera vez en su taurómaca existencia toreó reses de Miura en Cuenca, el 5 de septiembre, en unión de Saturnino Aransáez, matando a sus enemigos cornudos de dos estocadas; repite en la misma Plaza el 6, y ya termina Vicente el año trabajando solo en las Plazas de Madrid, Valencia y Barcelona.

Con novillos de Miura y Palha se presentó en nuestra vieja Plaza el día 9 de septiembre, alternando con Manuel Corzo, Corcito, Cocherito y Palomar Chico, y el 4 de noviembre, reses de Moreno Santa María son lidiadas por él en el mismo coso, acompañándole el también madrileño Juan Sal, Saleri, y el susodicho Cocherito.

Tres novilladas con éxito toreó en Valencia el 7, 21 y 28 de octubre. La primera con Revertino, astados de Filiberto Mira; en la segunda, con dicho Saleri, novillos de Biencinto, teniendo que matar cinco por resultar herido su paisano, y en la última, nuevamente con éste y el Niño de la Huerta, cornúpetas de Moreno Santa María.

Y con la que ya había toreado en Avila el 15 de octubre, cerró la temporada el 18 de noviembre en Barcelona, Plaza vieja, en unión de Saleri, con toracos de doña Carlota Sánchez de Terrores, quedando su cartel en excelentes condiciones para ser en el primer año del siglo xx novillero puntero.

La cuadrilla que con Vicente toreó las corridas antes referidas se hallaba constituida por el picador José Codes, Melones chico, y los banderilleros veteranos José Roger, Valencia, Salvador

mucho con el famoso lidiador sobre este año taurino, me decía con emoción recordando tiempos pasados:

—Además tuve la satisfacción de quitar a mi madre de poner cocidos para las cigarreras y mudarme del piso que ocupábamos, en la calle de Santiago el Verde, a otro mayor de la calle de Embajadores, número 43. Pero me quedaban otros deseos, y eran los de quitar a mi padre de trabajar; pero había que contar con bases más firmes, que esperaba y conseguí al año siguiente.

Y fué desde entonces cuando la calle de Embajadores, con su Fábrica de Tabacos y sus cigarreras, llevadas al teatro por escritores y músicos, su Escuela de Veterinaria, su Museo Arqueológico, la Inclusa y el Colegio de la Paz y su artística iglesia de San Cayetano, con la aportación de su nuevo vecino coletudo —Vicente usó hasta su retirada el apéndice capilar—, la referida calle empezó a gozar de la máxima popularidad, no tardándose en llamar por el humorismo de algunos cronistas taurinos al Chico de la Blusa el torero de la calle de Embajadores.

Asegúrase que el nombre de tal calle se debe a la existencia de una epidemia en Madrid que motivó en lejanos tiempos se refugiaran en aquellos parajes los diplomáticos extranjeros, parajes que se llamaron residencia de embajadores.

Pero no podía sospecharse entonces que, dando vueltas el mundo y transcurriendo por consiguiente los años, otra epidemia, la taurina, tenía la misión de aumentar la popularidad de la susodicha vía madrileña, en la que con la presencia del Chico de la Blusa los aficionados «pastoristas» empezaron a subir como la espuma.

Aparicio, el Albañil, y Nicolás García. Pollo, toreros estos ya curtidos en la profesión, que auxiliaron al espada arriando su granito de arena a los triunfos de su matador. Fué por consiguiente, este año 1900, el de su consolidación como matador de novillos.

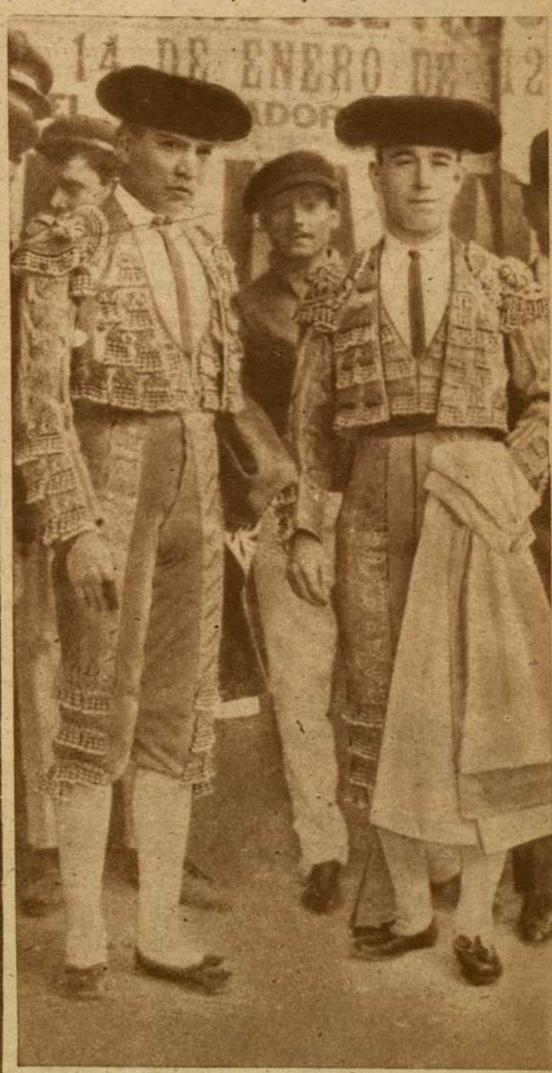
Hablando no hace mucho con el famoso lidiador sobre este año taurino, me decía con emoción recordando tiempos pasados:

—Además tuve la satisfacción de quitar a mi madre de poner cocidos para las cigarreras y mudarme del piso que ocupábamos, en la calle de Santiago el Verde, a otro mayor de la calle de Embajadores, número 43. Pero me quedaban otros deseos, y eran los de quitar a mi padre de trabajar; pero había que contar con bases más firmes, que esperaba y conseguí al año siguiente.

Y fué desde entonces cuando la calle de Embajadores, con su Fábrica de Tabacos y sus cigarreras, llevadas al teatro por escritores y músicos, su Escuela de Veterinaria, su Museo Arqueológico, la Inclusa y el Colegio de la Paz y su artística iglesia de San Cayetano, con la aportación de su nuevo vecino coletudo —Vicente usó hasta su retirada el apéndice capilar—, la referida calle empezó a gozar de la máxima popularidad, no tardándose en llamar por el humorismo de algunos cronistas taurinos al Chico de la Blusa el torero de la calle de Embajadores.

Asegúrase que el nombre de tal calle se debe a la existencia de una epidemia en Madrid que motivó en lejanos tiempos se refugiaran en aquellos parajes los diplomáticos extranjeros, parajes que se llamaron residencia de embajadores.

Pero no podía sospecharse entonces que, dando vueltas el mundo y transcurriendo por consiguiente los años, otra epidemia, la taurina, tenía la misión de aumentar la popularidad de la susodicha vía madrileña, en la que con la presencia del Chico de la Blusa los aficionados «pastoristas» empezaron a subir como la espuma.



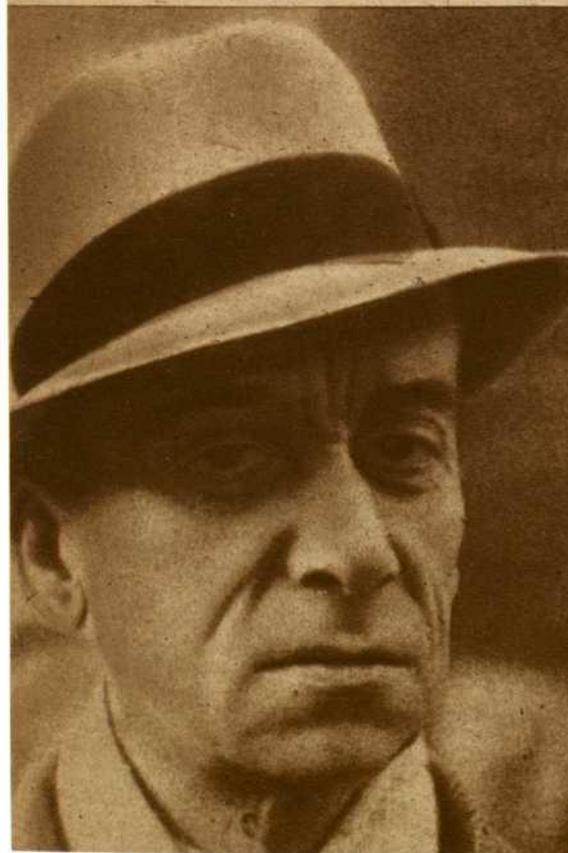
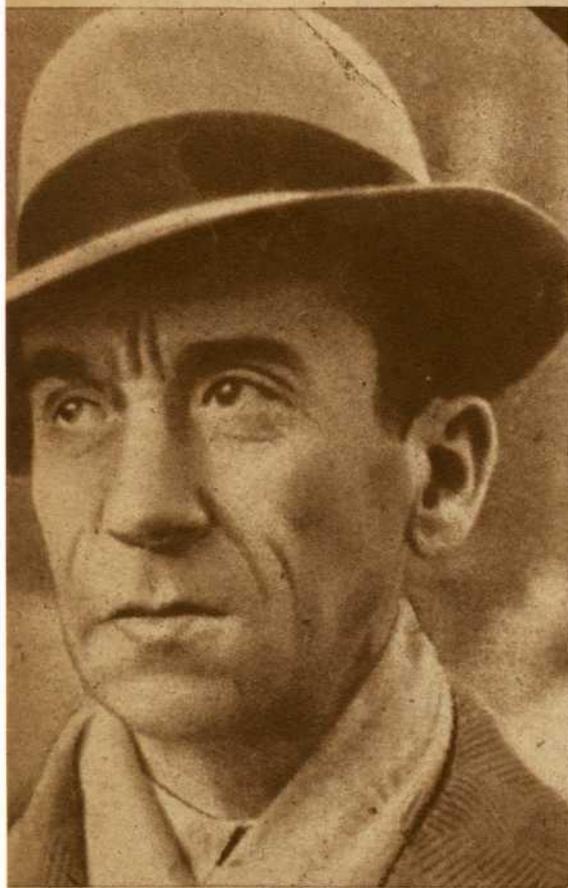
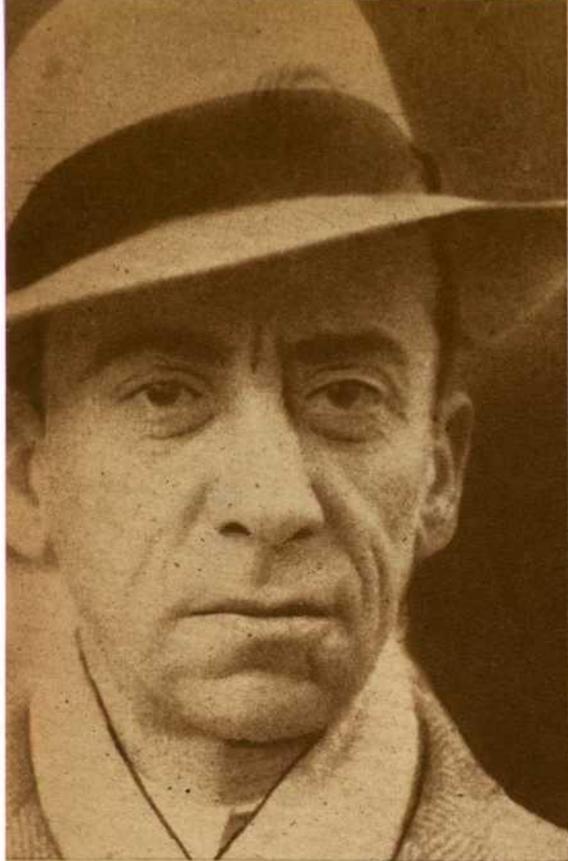
En la Plaza de El Tero, de Méjico, en un mano a mano con Rodolfo Gaona.

DON JUSTO

EL PLANETA DE LOS TOROS

PEPITO MANFREDI

Por Antonio Díaz Cañabate



En las fotos: Cuatro gestos de Pepito Manfredi (Fot. Manzano)

YA hemos dicho que el que entra en el planeta de los toros difícilmente sale de él; el último avatar del torero, cuando los años, la mala suerte, la mala administración y otros males le obligan a la retirada definitiva, esa que tanto trabajo les cuesta, a pesar de todos los riesgos y los sustos de la profesión, es la de dedicarse a los asuntos taurinos. Por lo menos eso dicen en sus tarjetas: Fulano de Tal. Asuntos taurinos. ¿Cuáles son estos asuntos taurinos? Ya los estudiamos. Vamos ahora a ocuparnos de un habitante típico del planeta de los toros, José Román Manfredi, hoy entregado a los asuntos taurinos.

Pepito Manfredi nace en el planeta de los toros. No llega a él precedente de otros mundos. Sus padres se dedicaban allá en Sevilla a la confección de monturas y vestidos de torcar. Famoso taller el suyo. Su abuelo Manfredi fundó el negocio que continuaron sus padres y hoy regenta un hermano de Pepito. Pero éste, desde niño, sintió otras aficiones. Las de torero. El quería ser torero. Vocación temprana la suya. Es fama que ya a los nueve años torcaba becerros. Y sin cumplir los quince se vistió de torero por primera vez. Al poco ingresa como banderillero: nada menos que en la cuadrilla de Joselito, cuando éste, también imberbe, rompe a torcar, formando pareja con Limiño. Hasta que José toma la alternativa permanece a sus órdenes. Luego...

Luego Pepito Manfredi vivió, más que de su arte como torero, de su ingenio, de su gracia. En el planeta de los toros abunda la gracia y el ingenio más de lo que se figuran las gentes ajenas a él. Pero en el planeta de los toros, como en el planeta de la tierra, es difícil vivir del ingenio y de la gracia. Oigamos al propio Pepito Manfredi hablar de ello.

—Yo ha habido año que he toreado más de setenta corridas de toros, trajinando de aquí pa allá, aprovechando el auto de una cuadrilla que iba de una feria a otra. “¡Pero si no cabes, Manfredi!” “¿Cómo que no, si no ocupo ná; si voy de lao!” Y de lao salía, y al rato ya estaba repantigado, y el que iba junto a mí era el que iba de lao. Y una chufia y otra. Yo he hecho reír hasta a Vicente Barrera, que ya está bien. Los que han ido con él de banderillero saben lo difícil que es eso. Pues se refa y me ordenaba: “Manfredi, siéntate aquí”. Y me colaba en el mejor sitio del coche, mientras los fijos de la cuadrilla iban casi unos encima de otros. Y es que hay que vivir. Una vez llegué a casa bastante ajumafillo. (Esto de una vez es pura y saludable modestia de Pepito Manfredi, aclaro yo.) Mi mujer me recibió muy mal. “¡Pero, Pepe, y así toos los días; maldito vino!” “¡Cállate, no maldigas al vino, que por él vivimos!” “¿Que vivimos por el vino? ¡Es lo que me faltaba por oír, cuando si no bebieras...!” “Si no bebiera no ganaría un gordo, porque yo, sin beber, ¿te enteras?, no tengo gracia, y yo vivo de la gracia”.

Prosigue Manfredi:

—Y es que mi mujer es algo desconfiada. Me registra hasta los calcetines. Me acuerdo de un día que ya no sabiendo dónde esconder el dinero pa que no me lo quitara, lo metí en la funda de las gafas. Llegué a casa un tanto penecue y me acosté. Al rato me llaman por teléfono. Tuve que mirar unos apuntes para contestar a lo que me preguntaban y saqué las gafas. Se me había olvidado que allí tenía el dinero y se cayeron los billetes. Me quedé helao; no sabía qué decir, y por fin hablé. “¡Vaya una guasa, las bromitas de los amigos; me han metido aquí dinero pa oírme!” “¿Cómo

para oírte?” “Sí, mujer, si este dinero no es mío, si mañana lo tengo que devolver”.

Y luego las fatigas que se pasan para pedir una corrida, las teclas que hay que tocar, la de cosas que hay que aguantar. En Valladolid un año le pedí a un íntimo amigo del difunto Pepe el Algabéño que hablara por mí con el matador y que me diera una de las corridas de feria. Me lo prometió, y en la mañana del día de la primera corrida lo encontré en el cuarto del Algabéño, aproveché la ocasión y le dije: “Don José, dele usted un toquecito”. Y va y le da un golpe en un hombro. El Algabéño no se volvió. “¿Qué quieres?” “Nada; a Manfredi que se le antoja que te de un toquecito”. Lo mío sudé, pero acabó dándome la corrida. Entonces había más compañerismo. Ahora too el mundo lo quiere too pa él. Yo creía que lo sabía todo, pero desde que me he retirao, claro es que yo me he retirao muchas veces, veo que no sabía nada. ¡Hay cada águila por ahí! En la última corrida que toreado en Madrid Gitanillo de Triana me llamó tres días antes a conferencia, desde Sevilla, aquí al café.

Cuando venía del teléfono me para un banderillero: “Oye, ¿ta ha dicho Rafael que me des la corria?” “No me ha dicho nada”. “Que no lo habrás oído”. “Me ha dicho nada más que le prepare la cuadrilla con la gente de aquí”. “Bueno, pues eso significa que me des la corria”.

Un buen sitio para pedirles corridas a los matadores es en la puerta de arrastre, antes de hacer el paseillo; como todos están bastante preocupados y ausentes del mismo miedo, a todo dicen que sí. Luego no se acuerdan de nada, pero ya tienen que tragar.

Yo les pedía la corrida; me decían que sí como me podían haber preguntado por los niños, y me presentaba en el pueblo que fuera. “¿Tú a qué vienes?” —me preguntaban— “Pues a torcar contigo; ¿no te acuerdas que me dijiste que sí cuando te la pedí, antes de hacer el paseo, el otro día en Madrid?” Tan sólo me falló una vez la cosa con Antonio Márquez. Estaba el hombre paseándose en la sala de toreros y me acerco a él. “Oye, Antonio, ¿por qué no me das la del jueves en Barcelona?” “Porque no, porque estoy con mis cinco sentidos, ¿sabes?” Yo, entonces, me quedé un poco cortao, pero en seguida me repuse y le atracé. “¡Ole los valientes; el Espartero y Frascuelo en una pieza eres tú!” Y claro, acabó dándome la corrida.

Pepito Manfredi pronto cumplirá cincuenta y dos años. Parece todavía el chavalín banderillero de la cuadrilla juvenil de Gallito y Limiño. Corto de talla, magro de carnes, fino, ágil, no ha perdido su aire de poquita cosa. Pepito Manfredi se dedica a asuntos taurinos. Su oficina, como es natural, la tiene montada en distintos cafés y colmados del centro de Madrid. Allí resuelve todos sus asuntos entre café y café y copa y copa. El que quiera encontrarle ya sabe dónde tiene que ir. Y si por casualidad no está en el que acostumbra a aquella hora, se pregunta por él a cualquier habitante del planeta de los toros que por allí pulule.

—¿Y Manfredi, le has visto?

—¿Quién, Pepito? Ahora mismo estaba aquí; pero no, ahora que caigo, acaba de salir con Manolo Bejarano. En La Pañoleta o en casa de la Concha tienen que estar.

Y no falla. Allí está Pepito Manfredi tomándose a sorbitos lentos una copa de vino, que abandona en el acto para atender a su visitante. Varios toreros le tienen confiada su administración; pero Pepito Manfredi sigue ganándose la vida por la fuerza de su ingenio y de su gracia. La lucha es dura. Pero Pepito Manfredi es hombre avezado a ella. Y capta a la suerte con el arma de su ceceo sevillano, a cuerpo limpio, sin un desmayo, siempre con la sonrisilla y la chufia, ayudándose con las copitas, con el cigarro, con la cháchara de los amigos.

Esta es una de las virtudes admirables que abundan en el planeta de los toros, la ausencia de la desesperación. Infinitos de sus habitantes trampean la vida más mal que bien, pero dan la impresión de gentes satisfechas de su suerte. Todo lo aceptan con algo más que con resignación: con sonrisa y bromas.

Se mofan de su mala estrella, se ríen de su malaventura. Y en sus luchas y en sus enconos y en sus odios, que de ninguna manera faltan en el planeta de los toros, proceden con pasión, pero contenida dentro de un escepticismo de buen tono. Las tragedias las guardan para los ruidos.

AFICIONADOS
DE CATEGORIA
Y CON SOLERA

El doctor

Blanco Soler

cree que el público de hoy es mejor para el torero que el de cualquier otro tiempo

SIEMPRE que veo al doctor Blanco Soler —este médico tan eminente como modesto, cuya casa es un museo y cuya ciencia es orgullo de nuestra Patria—, me acuerdo de Rafael el Gallo, porque el doctor Blanco Soler tiene con «El divino calvo», o por lo menos me parece a mí, una cierta semejanza física: su mirada un poco triste o un poco cansada, su estatura. Hasta una calva que no llega a la de Rafael, a la inmensidad de la de Rafael, pero que es como la que el Gallo debía tener antes de llegar a su actual rotundidad tersa y brillante. Ahora le vamos a robar al doctor un cuarto de hora en su jornada afanosa y estudiosa para que el doctor

asiduo a la Plaza hasta los modernos tiempos de Manolete. Espere usted... Si he de manifestarle que en mis primeros tiempos de aficionado asistía la competencia entre los Bombas y los Gallos, y presencié aquellas memorables corridas de Valencia. Sin embargo, la cúspide de mi afición la marca Belmonte padre.

AHORA SE VEN MAS CORRIDAS BUENAS

—¿Cree usted que era un torero el de Belmonte mejor que el de ahora?

—¿Qué quiere usted que le diga? Era distinto, por lo menos. En la época de Belmonte y Joselito se veía mayor el peligro. Quizá sea esto una perspectiva que da la edad, quizá no sea más que cuestión de los años que han ido cayendo sobre mí. No obstante, es lo cierto que se sentía más la emoción, se percibía con más intensidad el riesgo. Ahora bien: en las corridas de ahora el público siempre sale divertido, sin la impresión física de cansancio que producían antes muchas corridas. Lo raro ahora es lo malo, lo aburrido. Se ven muchas corridas buenas y sólo de tarde en tarde recibe el espectador esa dosis de bostezos que suponen esas corridas agobiantes esos festejos que nos llegan a producir incluso la fatiga física de que le he hablado antes.

EL PELIGRO, EN RELACION CON EL TAMAÑO

—¿Cuál es su torero, de todos los que ha visto?

—Belmonte, siempre Belmonte, y después de él, Manolete, del cual creo que parte de la misma línea. Belmonte daba siempre la impresión emocionante del peligro. Y es porque en esto del peligro hay sin duda una relación entre el toro y el torero...

—¿Quiere explicarse...?

—Hay una relación de tamaño. Belmonte, pequeño, sin grandes facultades físicas, ante un toro más grande generalmente que los que se sueltan hoy, impresionábase más, me llegaba más el esfuerzo del hombre menudo ante el toro gigante. Esto no es negar, naturalmente, la elegancia extraordinaria de Manolete, cuyo toro es después de Belmonte el que me ha dado más completa la emoción y el riesgo.

—¿Qué suerte es la que más le interesa o le gusta?

—Cuando se mata de verdad, la de matar. Aquí está el eje del toreo, lo macho de la fiesta.

ESO DE LOS PETOS...

—En cuanto a la suerte de varas...

—En cuanto a la suerte de varas, confieso que me siento humanitario y que al mismo tiempo no soy partidario de los petos, que empequeñecen y hasta me atrevería a decir que afeminan la fiesta. Si hubiera que elegir, me decidiría por la supresión



y aceptaría la crueldad. Por una parte, compadezco al caballo; por otra, no quisiera que se rebajara la fiesta. Habría que inventar algo que conciliara las dos cosas, la protección al animal, sin restarle belleza a la fiesta... Pero, ¿cómo?

LA QUINTA HIERBA

—¿Los toros van a más o a menos?

—A menos en mi opinión, y ello es debido a que no tienen los cinco años. Esa quinta hierba es esencial, porque sin ella el toro no tiene malicia, se convierte en algo infantil, en algo sin importancia. La fiera deja de ser fiera y el interés, por supuesto, de la lucha entre el lidiador y el toro, tiene que ser menor. El arte y el triunfo del torero consiste precisamente en vencer esa malicia, en dominar; pero si el toro es ingenuo, ¿qué es lo que queda?

—¿Usted se pondría delante de un toro?

—Ni siquiera de un becerro. Nunca he sentido esa tentación. En eso me pasa igual que con los cuadros. Tengo aquí algunos y, como usted ha podido observar, los hay de firmas muy valiosas. Sin embargo, yo no he pintado jamás.

EL ESPECTADOR Y EL ARTE DE LA FIESTA

—¿Cómo ve usted al público actual?

—Es mejor para el torero que el de cualquier otro tiempo. El espectador de hoy sabe perdonar y crea un ambiente para el torero. Es más educado, lo que no tiene nada de extraño, porque todo el pueblo nuestro es también hoy mucho más educado que ayer.

—Concréteme su opinión sobre el arte de la Fiesta.

—Me parece la expresión de un arte de belleza extraordinaria, de verdadera maravilla. Y la prueba más concluyente de que así es, es que entre sus aficionados se encuentran los hombres más eminentes en las distintas y más altas actividades humanas. Si la Fiesta no tuviera la alta categoría artística que tiene, estas figuras señeras, que captan como nadie la sensibilidad de todas las artes, no serían aficionados...

RAFAEL MARTINEZ GANDIA



Doctor Blanco Soler

Blanco Soler nos hable de sus aficiones taurinas. Preguntas concretas y respuestas rápidas para que el doctor pueda volver cuanto antes a sus ocupaciones.

MAZZANTINI EN EL RECUERDO...

—¿Recuerda usted la primera vez que asistió a una corrida de toros?

—Viene a mi memoria, de los tiempos de mi niñez, una corrida en San Sebastián, que se ha quedado fijada en mi recuerdo porque en aquella corrida vi a Mazzantini y su estampa de torero se me quedó grabada. No sé a punto fijo quién alternaba con él aquella tarde. Creo que se trataba de Fuentes, pero no podría asegurarlo.

—¿Es entonces cuando empezó su afición?

—No. Hay una gran laguna que es la que marca el tiempo de mis estudios y la modestia de mi familia. Es la época que corresponde a un intenso trabajo en el curso de mi carrera. Realmente, mi verdadera afición por los toros no empieza sino en los años de la competencia de Joselito y Belmonte. Por los años del 13 al 19 era mi padre subdirector de Seguridad y por ello tenía cierta facilidad de acceso a la fiesta. En mis recuerdos están corridas de Vicente Pastor y de Paco Madrid y las notas trágicas de las cogidas del Carpio y de Granero.

BELMONTISTA DE SIEMPRE

—Y en esos tiempos de Belmonte y José...

—En esos tiempos yo era belmontista convencido, tanto que al retirarse Belmonte definitivamente, me retiré yo también del tendido, me metí en mi rincón: es decir que no perdí del todo mi afición, pues seguía estando al tanto del asunto taurino por las reseñas de los periódicos. Pero la verdad es que puede decirse que no volví de un modo

Charla de fin de temporada

Carlos Vera se inició en el toreo a los doce años, impulsado por la gran afición de su hermano



El rostro azteca de Carlos Vera



no iba dominado por una idea obsesiva: la de iniciar la conversación con alguna pregunta original, no trillada ya en esta clase de reportajes.

Y he aquí que, una vez cambiados los saludos de ritual, no se me ocurre otra salida que la siguiente, muy nueva e interesante, por cierto:

—¿Qué temperatura tan distinta a la nuestra habrá ahora en su país, eh, amigo?

Cañitas, que, sin duda, no esperaba el "inefable" lugar común de hablar del tiempo, muy apropiado y socorrido para aquel tipo de visitas de fin de siglo, se quedó al pronto un tanto desconcertado.

Luego, por aquello de que a nadie le desagrada que le hablen de su país natal, nuestro hombre siguió la corriente, y durante bastante tiempo la conversación se deslizó alrededor de las romerías y verbenas mejicanas de diciembre, pletóricas de

CAÑITAS tiene el rostro inconfundible de la raza azteca. De estatura más baja que alta, no le impide ser fuerte y disponer de una elástica y felina agilidad. De frente no muy ancha y de ojos oblicuos, le caracterizan sus vehementes ademanes y su festiva y dicharachera parla. Recuerdo que al acercarme al diestro mejicano

puestos de "chicha", buñuelos, frutas y agua fresca, mientras las parejas danzaban al son de las jarcandosas zamacuecas, cantadas por pálidas criollas de largas trenzas de azabache.

El bueno de Cañitas, entusiasmado con sus evocaciones, y yo, molesto conmigo mismo por lo inútil de la iniciación, dejamos correr el tiempo, hasta que al fin se me ocurrió lanzar la siguiente interrogante:

—¿Como fué dedicarse usted al toreo?

Carlos Vera, identificado ya con el carácter de la charla, se expresó de esta forma:

—A mí me hizo torero la gran afición sentida por mi hermano hacia la fiesta brava. Lo raro del caso fué que mi hermano, que nunca pasó de ser torero con el pensamiento, hizo que yo lo fuera, pues de otra forma posiblemente a mí nunca me hubiera ocurrido.

—¿Cómo tuvo lugar su bautismo taurino?

—De la siguiente forma: No tendría arriba de los once años cuando me lancé en la Plaza del Toreo, en ocasión de celebrarse un festival.

—A lo mejor puede usted ufanarse de haber sido uno de los más tiernos infantes de la grey espontánea.

—Un espontáneo, sí; pero un poco fuera de lo corriente. Mi atuendo en nada se parecía al de los chicuelos desarrapados. Yo era un niño de familia acomodada y con mis zapatos de charol y desprovisto de la blusilla de marinero, que coloqué sobre un palo a modo de muleta, me fuí para el becerro, y como a la gente le cayera en gracia mi desparpajo, me facilitaron una espada corta, matándolo con bastante fortuna, dadas mis infantiles fuerzas.

—Y después vendría lo de siempre: un santo horror a los libros y un afán de continuar las taurinas aventuras; digo, si no me equivoco, amigo Carlos.

—Dice usted bien, pero se deja la gran paliza

propinada por mis progenitores, a los que debió hacer muy poca gracia mi primer éxito taurómico. Mi hermano continuó pintándose un risueño porvenir, y yo, haciéndole caso, me escapé de casa para actuar, de buenas a primeras, en calidad de sobresaliente, en un remedo de becerrada, en la que, por exceso de prudencia del matador contratado, tuve que sustituirle, consiguiendo acrecentar mi fama y un hasta percibir cincuenta pesos.

—¿Existen en su país cortapisas para los niños toreros?

—En Méjico no restringe la actuación ni por la edad ni tampoco por el sexo del



Cañitas en su gesto típico



Cañitas en un descanso de su entrenamiento



El diestro mejicano haciendo flexiones



Después del deporte, un poco de toreo

Cañitas habla para EL RUEDO

"Me preocupa que se me tenga catalogado como un torero que todo lo fía a su valor"

...cutante. Y lo mismo se ve torear a cuadrillas infantiles como a otras integradas por mujeres. Algunas, por cierto, con más valor y conocimientos taurinos que muchos del sexo opuesto. Allí todavía los chicos se preocupan más de jugar al toro de dar patadas a una pelota, como veo que ocurre en España.

—¿Manes del deporte, amigo mío! ¿Quiere decirme ahora cuánto tiempo actuó de novillero?

—Desde 1938 hasta el 9 de noviembre de 1941. Durante ese plazo hube de luchar con competidores duchos en el toreo, como Luis Procuna, Manuel Gutiérrez (Espantero), Rafael Osorno y el malogrado Félix Guzmán, fallecido el año pasado a causa de una mortal cogida toreado en el ruedo de capital mejicana.

—Me abstengo de preguntarle detalles de su alternativa a manos de Lorenzo Garza, con un rotundo triunfo para ambos, y preferiría que me dijera en qué anillos españoles ha toreado más a gusto.

—Donde mayor suerte tuve fué en Barcelona, donde conseguí cortar orejas las tres tardes que allí actué. Pero esta satisfacción queda borrada al haber conseguido repetirlas en Madrid.

—¿Qué causas, a su juicio, lo han podido impedir?

—En la de mi debut, la rapidez con que fui inlesado en el cartel. A las cuarenta y ocho horas de que llegaba a Madrid salía a torear, desconociendo la Plaza y su ambiente. En las otras dos, el gamito no se prestó para desplegar grandes lucimientos.

—Lo que si nos ha demostrado usted es poseer una valentía rayana en la temeridad, idéntica a la de otros compatriotas suyos.

—Eso es lo que me duele, *manito!*

—Hombre, que reconozcamos su valor no creo que sea para que usted se entristezca!...

—Es que me empieza a preocupar que la gente

me tenga catalogado como un torero que todo lo fía en su valentía. Y ahora viene a decirme que le diga la existencia de algo que me hace parecer a Juan Belmonte.

—Soy todo oídos, amigo Cañitas.

—El maestro Belmonte nunca ocultó un miedo que pasaba a la vista de aparecer el novillero en la arena. Yo, en cambio, me siento bien; con todo respeto que la gente dice que soy temerario, me repaso en esos momentos una angustia que me me se queda.

—Bien lo disimula esa serenidad que usted hace para el quite en la cara de los espectadores.

—Lo que ocurre cuando veo

que por las malas condiciones de los astados es imposible conquistar las palmas con lucimiento, apelo a arrimarme cuanto me es posible. Pero mi mejor deseo sería que en la próxima temporada tuviera ocasión de agradar al público, no por valiente a secas, sino por otras condiciones, apetecidas por cuantos al toreo nos dedicamos.

—¿Qué impresión le han merecido los estilos de los toreros españoles?

—Llegar a fenómenos, dominando los patrones de torear en boga en España, es tarea nada fácil. Por fotografías llegadas a Méjico pude ya apreciar el arte tan completo y depurado que han conseguido llegar a imprimir a sus faenas mis colegas de España.

—¿Cuáles son, a su juicio, las diferencias entre los estilos español y mejicano?

—Acaso sea una el que en mi país se da al toreo mayor grado de espectacularidad, acaso hasta más ardor, fomentado por un público apasionadísimo. En cambio, en España las grandes faenas reúnen una armoniosa serenidad, en las que el peligro no parece existir, como si torear así fuera lo más sencillo del mundo.

—Para su gusto, ¿cuáles son los mejores toreros mejicanos?

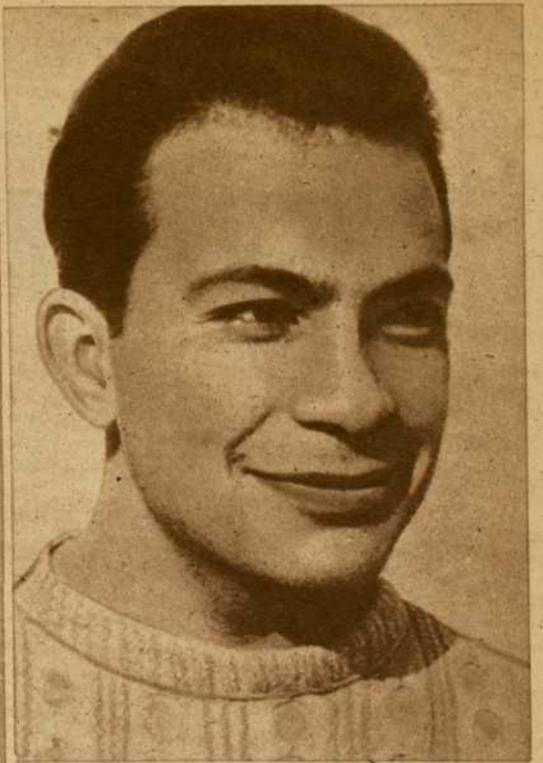
—A Silverio lo admiro por estar en posesión de un personalísimo estilo, que creo es lo más difícil de lograr en el toreo. Quisiera tener la mágica muleta que posee Garza, y en Arruza reconozco una admirable afición, talismán de sus triunfos en España.

—Una última pregunta, al margen de la fiesta taurina: ¿Qué faceta artística española le ha agradado más?

Y el mejicano me sorprende al descubrirme:

—Nada como el canto y baile típicamente flamenco. Sólo por ver bailar unas sevillanas vale la pena recorrer medio mundo.

F. MENDO



El rostro de Cañitas durante su charla



Optimismo y felicidad en el semblante



Cañitas en pleno partido de pelota



Carlos Vera en una sesión de ejercicios físicos



Cañitas posa para EL RUEDO

DESCORDAR, DESCABELLAR Y ATRONAR

Por FELIPE SASSONE

QUE las tres cosas suenan lo mismo, y, aunque distintas, son casi idénticas en sus efectos, porque descordado, descabellado o atronado el toro, cae en cualquiera de los tres casos para no moverse más.

Se descuerda sin que medie para ello la voluntad del «descordador»; se descabella y se atruena premeditadamente. Escribo descuerda y atruena, porque no tengo más remedio que escribir así. Se me caería la pluma de la mano antes de poner en el papel «descorda y atrona». En escritores importantes he leído así: «asola» —«el mal que asola al país», «la zorra que asola las viñas»—, la tercera persona del presente de indicativo del verbo asolar, que no puede ser más que asuela. Se conjuga: yo asuelo, tú asuelas, etc.; yo descuerdo, tú descuerdas; él atruena, etc... Como el verbo amolar: yo amuelo. Y bueno será suplicar a los descuidados que no amuelen el idioma. No saber de toros puede ser falta de afición, falta de tiempo, contento de divertirse sin entender; no saber conjugar los verbos de su propio idioma es por lo menos una falta de educación. Tan grave como comer con el cuchillo. Pero volvamos a la tauromaquia.

Se descuerda cuando entrando a matar con la intención de dar una buena estocada se parte por casualidad la médula espinal del enemigo. Escribo médula, con acento en la «e», abrumado por el uso. En verdad es medula, palabra grave; pero si no le pongo el acento de palabra esdrújula, no me la dejará pasar sin él mi buen camarada el señor corrector de pruebas, que se pirra y perece por enmendarme la plana. Así Dios se lo pague como yo se lo perdono. En el acto de descordar hay cite previo y antrada a matar, y el estoque parte contra la voluntad del matador el tallo de la médula en la dilatación fusiforme llamada lumbar o inferior. Quiero decir que la espada entró por los lomos de la bestia. Cuando el estoque entró mucho más delantero, es decir, delante de la porción abultada que se llama en los toros cerviguillo, hirió la región cervical y no la dorsolumbar, lo que hizo el torero en vez de descordar fué descabellar involuntariamente. Porque para descabellar, como para atronar, se hiere en la nuca del animal. Entre estas dos últimas formas la diferencia la marca tan sólo el arma: se descabella con el estoque; se atruena con la puntilla.

No es verdad, como aseguran algunos tratadistas, que el hecho de que el toro caiga descordado por el pinchazo demuestre que el matador apuntó bien; porque se puede descordar un toro sin herirle por la cruz, según la dirección casual que una vez dentro del cuerpo de la fiera tome el estoque. Generalmente, el toro descordado no cae muerto, porque el acero sólo corta aquellas neuronas medulares que se relacionan con la motilidad, las llamadas motoras o centrifugas. Según afecte o no la lesión a las cuatro extremidades, el toro cae o se queda en pie maltrecho y paralítico, y en todo caso hay que rematarlo con la puntilla. Cuando el toro se queda de pie, tambaleándose, los aficionados suelen decir que el acero «le ha tocado algo», y lo mismo se dice cuando lo mismo ocurre, porque suele ocurrir, después del descabello.

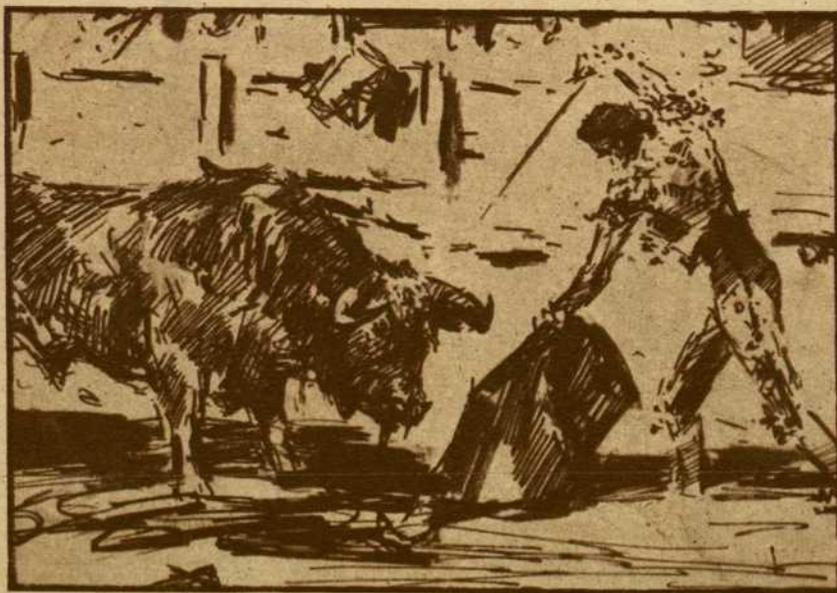


Vicente Pastor descabellando en Méjico (febrero de 1912)

El matador descabella al toro cuando éste se mantiene en pie moribundo, porque las reglas de la lidia prohíben que se apunte al toro que no se haya echado. Voluntariamente, apuntando, ha de procurar el matador herir el bulbo céfalorraquídeo y meter la punta del estoque por el hueco occipital. Aunque la suerte es premeditada y no casual como el descordar, en el acierto entra por mucho la casualidad y el toro a veces suele no caer al primer pinchazo. Si la suerte se ejecuta bien, es injusto censurar al diestro porque no acertó a la primera. La suerte se ejecuta bien, si puede llamarse suerte lo que no es sorteo, porque el toro está inmóvil cuando se ha logrado que el bicho humille, poniéndole la muleta en el hocico, muy baja, y el diestro se cuadra ante la cornuda testa adelantando la pierna derecha, apoyado en ella el peso del cuerpo, e hiriendo de arriba abajo, perpendicularmente las primeras veces, hasta que la falta de acierto le indique la conveniencia de herir tendido, porque el toro tenga, por configuración especial, un poco más atrás que de ordinario el punto sensible. No siempre cae el toro muerto a consecuencia del descabello, y aun hace falta que ya en tierra lo acabe de rematar el puntillero.

Con la puntilla se hiere en el mismo sitio que con el estoque para el descabello; pero con el toro echado y con un arma más corta, siendo lícito ahondar paulatinamente y barrenar, le es más fácil al puntillero rematar al toro definitivamente, atronarlo como hacen los jiferos en el matadero. El puntillero con buena puntería puede hacer el alarde de tirar desde lejos la puntilla, y a esto le llaman apuntillar de ballestilla. Muchos puntilleros notables ha habido; pero yo ahora sólo recuerdo dos: el Alones, famosísimo a fines del siglo XIX, y Antonio Ruiz, el Sargento, de la misma época, pues que iba en la cuadrilla de El Espartero. También el matador tiene derecho a apuntillar al toro, bien apuñalándole de cerca, bien tirándole el cachete, cuando el animal esté en pie, pero se tape de tal suerte, o mueva la cabeza al sentir el apoyo del estoque, que haga imposible el descabello con el arma larga. Cuando el matador atronaba al toro en pie, se decía que lo había descabellado con la puntilla.

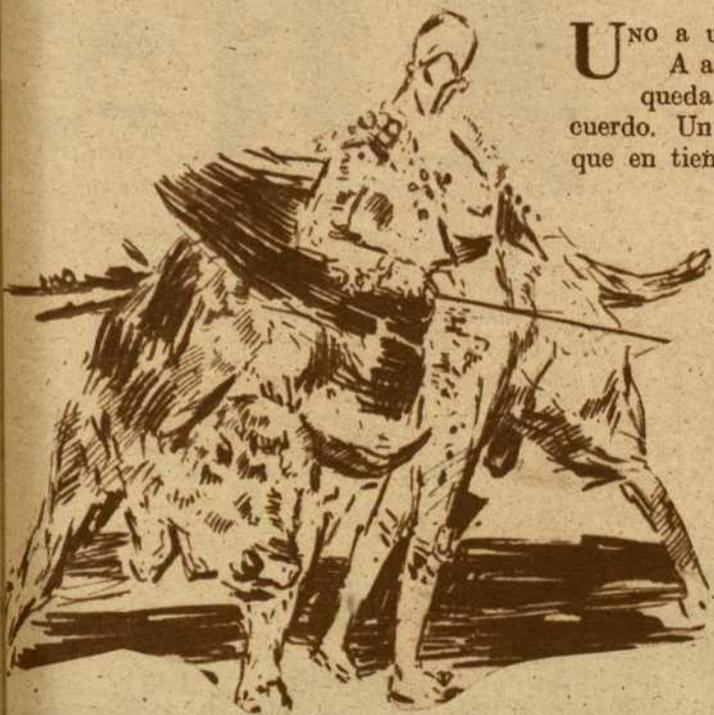
De lo que puede perjudicar a un buen matador un mal puntillero; de cómo de las culpas del puntillero es muchas veces culpable el matador; de la ocasión y momento en que es lícito el descabello, y del vicio abominable de pretender descabellar cuando el toro no está herido de muerte, ya hablaré otro día, que hay que dejar espacio en la Revista para otras divagaciones amenas y pintorescas y no, como éstas mías, aburridísimas, que, aunque no pretenden ser doctrinarias, han de luchar con la aridez a que obliga la exactitud y con la dificultad de querer definir lo indefinible.





ESTAMPAS DE OTROS TIEMPOS

CASTA DE TOREROS



UNO a uno, hasta seis toreros. A aquél, el más viejo, no le queda ya sino el aire y el recuerdo. Un buen recuerdo, puesto que en tiempos del Califa —¡duros tiempos aquéllos!— él llegó a merecer el sobrenombre de Papa Negro. Los otros son retoños de este corpulento árbol que, al irse del toro, no quiso marcharse del todo y dejó su nombre en danza, de una plaza a otra y de la grada al tendido, meciéndose en lo scapotes pintureros —cinco capotes sevillanos— de estos chichuelos que, en esta mañana invernal, saborean el templado sol

andaluz, entre lance y lance a la vaquilla o al becerro. Porque como ha amanecido el día agradable y da gusto echarse al campo, el padre los ha reunido para salir. Y así, como de tratarse de una familia burguesa, hubieran alargado su paseo hasta el parque de María Luisa, ellos, que todos nacieron toreros, «no han tenido más remedio» que irse a estirar los brazos, con un capote entre las manos, mientras jugueteaban con la inocente bravura de un becerriño.

Y el padre, predicando con el ejemplo, les ha dicho el cómo y el porqué de aquéllo. Y les ha señalado los defectos para que, luego, ellos con su gracia particular, los interpretasen a su modo, hasta poco a poco ir cuajando su estilo, tan gracioso y tan alegre en todos y tan distinto uno a uno. Y entre algún tropezón y un quite pinturero y las risas consiguientes y el volverse al bicho rabiosos, ha ido transcurrien-

do la paternal lección. Después, el Papa Negro los ha reunido, los ha puesto en fila, de mayor a menor —él el primero— y junto a la cerca de la finca se han hecho este grupo familiar.

Dos se fueron ya de los toros. No por su voluntad. La muerte se los llevó de nuestros ruedos al inmenso ruedo del espacio, a torear al alimón los algonados toros de las nubes y darles largas cambiadas a los cuernos de la luna. El mayor —Manolo— lanzó, en vida, a los cuatro vientos el clarín de su arte cuajado de filigrana y alegrías.

Y en una época dura —¡entonces había que apretar!— supo dejar en la arena de todas las Plazas de España un olor de «torero caro» que aun se huele.

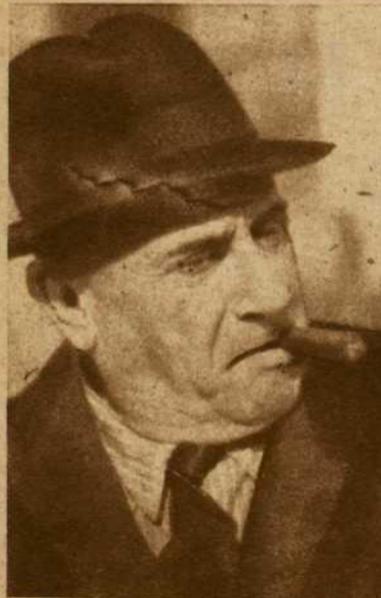
De Rafael ya se empezaba a hablar cuando dejó de hablarse. Su simpática figurilla de pilluelo ya se movía entre los cuernos de los novillos y ya sabía poner a las verónicas, a los muletazos, a las banderillas, la rúbrica pinturera de la casa.

De los demás no es necesario hablar, aun los vemos y tantas veces los hemos visto...

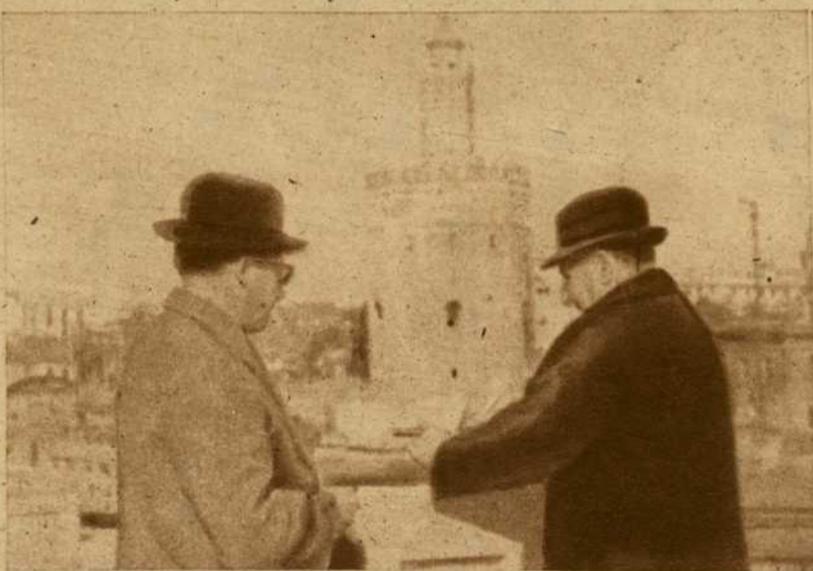
Lo importante es esta reunión, esta plácida reunión, cabe la tapia de la finca, dejándose acariciar por el templado sol invernal sevillano, después de la lección práctica que el Papa Negro ha dado a sus hijos, porque éstos sienten rebullir en sus venas la sangre torera y él quiere no marcharse del todo de las Plazas dejando su nombre mecido en los cinco pintureros capotillos de sus cinco retoños.



HE AQUÍ A DON PEDRO BALAÑÁ



Cuatro momentos de Pedro Balañá en su charla para EL RUEDO



Pedro Balañá en presencia del apoderado de Arruza, señor Gago, firma el contrato para la actuación del diestro mejicano en la Monumental de Barcelona. La firma se llevó a cabo a orillas del Guadalquivir, y como fondo, la Torre del Oro

Fué empresario por verdadera casualidad, y hay año que organiza noventa festejos taurinos en la Plaza de Barcelona

DON Pedro Balañá, el empresario barcelonés que todos los años supera la marca de organización, ha pasado unos días en Sevilla, para asuntos relacionados con su negocio. Los periódicos han dicho ya, con esa indiscreción obligada y que tanto gusta a los lectores, el número de corridas que don Pedro ha comprado a diversas ganaderías andaluzas y han referido los detalles del contrato acordado con el apoderado de Carlos Arruza, que por cierto se ultimó en un paseo por la orilla del Guadalquivir y se firmó a la sombra casi de la torre del Oro, a dos pasos de la Plaza de la Maestranza. Jamás hubo un escenario más auténtico que éste para hablar de negocios taurinos...

Don Pedro Balañá es, antes que empresario, eso que los americanos llaman un capitán de industria. Vive entregado por entero a sus negocios y conoce bien el secreto de cada uno de ellos. Don Pedro, además de empresario de la Plaza de toros de Barcelona, tiene vaquerías, transportes, fábricas de ladrillos, lleva la contrata de la limpieza y riego de la ciudad de Hospitalet, y anda ahora queriendo hacer un cine en la Ciudad Condal. Así se explicará fácilmente que don Pedro aplique al negocio de los toros no el estrecho criterio técnico taurino, sino un sentido más noblemente ambicioso, más comercial, que hace posible que por el ruedo barcelonés, no sólo desfilen todas las figuras del toreo de nuestros días, sino que además no haya grandes inconvenientes a la hora de ajustar toros y toreros... Y esto, en definitiva, desde el punto de vista del más exigente aficionado, supone un magnífico servicio a la fiesta nacional.

No ha sido, sin embargo, tarea fácil convencer a don Pedro para que respondiese a nuestro cuestionario. No sabemos por qué razón, pero lo cierto es que hasta ahora nunca quiso hacer declaraciones a la Prensa. Afortunadamente, el prestigio de EL RUEDO hizo en esta ocasión el milagro de vencer la negativa del popularísimo empresario, que acabó sometiéndose cordialmente —por que don Pedro es hombre afable en extremo— al interrogatorio, mientras Luis Arenas disparaba, en silencio, su «Contax».

Lo primero que nos dijo don Pedro, antes de que iniciáramos nuestro cuestionario, fué lo siguiente:

—Yo soy empresario de la Plaza de Barcelona por verdadera casualidad.



Pedro Balañá, con su representante en Sevilla, señor Casado, y el apoderado de Arruza, señor Gago, vistos en Sevilla, donde se ha efectuado la firma del contrato para que el diestro mejicano toree en España

—¿No era usted aficionado a los toros?
—Sí que lo era... Pero era un aficionado tranquilo. de esos que aplauden o se callan pero nunca protestan... Yo tenía, sin embargo, un negocio próximo al de los toros: la explotación de la carne en el ruedo barcelonés. Un



Bajo el sol sevillano y sobre las aguas del Guadalquivir, nuestro fotógrafo ha sorprendido a este grupo, compuesto por nuestro corresponsal Narbona, Gago, Balañá, Casado y Raimundo Blanco

en un palique para EL RUEDO

"El toro debe dar en la báscula doscientos sesenta kilos"

"En la próxima temporada la competencia Manolete-Arruza será el plato favorito de la afición"



Don Pedro Balañá con su representante en Sevilla, Francisco Casado; el apoderado de Arruza, Andrés Gago, y nuestro corresponsal Narbona, paseando por las calles de Sevilla (Fots. Luis Arenas)

... día, en 1926, los empresarios que se hallaban al frente de la Plaza, que eran los mismos de Madrid, los señores Linaje, Fraile y Espeñu, decidieron traspasar el negocio, y como yo tenía con ellos la contrata de la carnicería, vinieron a decírmelo. Me aseguraron que procurarian que los nuevos empresarios respetasen mi exclusiva...
 —Tienen ustedes decidido ya a quién van a traspasar el negocio?, les pregunté. Me dijeron que no... que lo único que pedían era solvencia y seriedad. Les interrumpí ofreciéndome yo. «¿Usted se atrevería?», —me preguntaron. Les contesté que sí, y en breves palabras dije las directrices que yo estimaba necesarias para que el negocio tomase rumbos prósperos. Les pareció bien la idea y decidieron traspasarme el negocio. Fue todo cuestión de unos minutos. Los que tardamos de la estación al hotel. Y en un taxi...

—¿Lleva usted entonces dieciocho años de empresario?
 —Sí, señor... Y si hace usted números, teniendo presente que algunas temporadas organicé alrededor de noventa espectáculos taurinos (entre corridas, novilladas y festejos de menos importancia) y que anduve de obligada vacación durante los años de la guerra, no le extrañará que le diga que pasan de seiscientas las funciones que llevo montadas en la Plaza barcelonesa.
 —¿Cree usted que las corridas de doce toros interesan al público?

—Yo, al menos, he demostrado que pueden darse y que son un éxito. En las temporadas 1941 y 1942, reuní los mejores carteles en esas corridas. Mire, por ejemplo, este cartel: Lalanda, Vicente Barrera, Juanito Belmonte, Manolete, Pepe Luis y Gallito. Eran los seis



otro momento de la firma del contrato para que Arruza toree en la próxima temporada en la Ciudad Condal. Ahora es el representante del diestro mejicano el que estampa su firma, bajo la mirada de Balañá

toreros más cotizados en esos días y, como es lógico, la función resultó un éxito.

—De la pasada temporada, ¿cuáles han sido los carteles de más éxito?

—Las corridas del 2 y del 25 de julio. En la primera coincidieron en el ruedo, para entendedérselas con seis Miuras, Andaluz, Ortega y Manolete; en la segunda, debutó Carlos Arruza, al que había contratado para dos carteles, y al que inmediatamente ofrecí ocho corridas más...

—¿Fue otro gran éxito?

—Claro... En la pasada temporada puede decirse que en Barcelona los carteles se hicieron a base de Arruza y de Manolete. Ellos dos, como probablemente ocurrirá este año, acapararon la atención de los aficionados catalanes. Manolete ha sido el torero que en Barcelona ha realizado más brillante campaña, aunque el que en menos tiempo ha conseguido más triunfos haya sido Carlos Arruza.

—¿Cuántas corridas de toros calcula usted que dará este año?

—Cuarenta o cuarenta y cinco. En Andalucía he comprado veinticinco corridas. Hasta ahora el único torero que tengo contratado es Arruza, al que he firmado veinte corridas.

—¿Cree usted que basta con una sola figura de primera fila para toda la temporada?

—No... La rivalidad es muy necesaria en la fiesta de toros. La pugna Manolete-Arruza será este año la que se cotice a más alto precio. Aunque yo he llegado a organizar corridas, poniendo en el cartel lo siguiente: «Manolete y dos toreros más...» Y se ha llenado la Plaza.

—¿Qué opina usted del tamaño del toro?

—Yo estimo que el toro debe dar en canal los 260 kilos... Sólo así es posible que el público se divierta, porque sólo con ese peso se puede hacer el toro que hoy gusta.

—¿Qué modificación introduciría usted en el curso actual de la lidia?

—Ninguna. Creo que la lidia actual es perfecta, como espectáculo. Tal vez los viejos aficionados añoren aquellos toros que dejaban sobre la Plaza cuatro o cinco caballos con las tripas al aire...

—La última pregunta, don Pedro. ¿Qué cartel haría usted tomando los mejores toreros y las mejores ganaderías de todos los tiempos?

Don Pedro pensó unos segundos la contestación. Comprendió que era difícil acertar y nos dió una respuesta muy original:

—Mire, yo necesitaría para eso organizar una corrida de veinticuatro toros... Y eso ya sería más difícil. ¿No?

Y dejó en el aire, sin contestar, la última pregunta del cuestionario.

FRANCISCO NARBONA

(Fots. Luis Arenas)



Rostros y gestos de Balañá para esta entrevista

TOREROS QUE PINTAN Y ESCRIBEN

BODEGON INSULAR

Por R. Capdevila

*Puerto de Palma. Barrio del puerto.
Rampas que bajan hacia El Mollet.
Junto a la Lonja de Atarazanas,
la tabernita de Caldentey.*

HABIAMOS bajado de la alta ciudad en el atardecer de otoño. Atardecer balear, cuyos auténticos colores resultan ciertamente así de literarios y así de surrealistas que habría que llamarlos para sugerirlos o para definirlos de algún modo: colores parnasianos. Sí. Esto era. Un «atardecer parnasiano»

Los templos renacientes, los patios italianos de Palma la vieja, danzaban aún en mis pupilas de turista su danza sacrosanta y universalmente española, cuando iba hacia el puerto a saludar de nuevo —¡siempre!— al mar. Porque yo era eso también: simplemente, un errático, un turista. Como cien veces en la vida. Como toda la vida quizá.

¡Qué lejos de mí «el toro»! Todo un mes sin vivirlo. Ya se acababa mi viaje, y «el toro» aun me quedaba, como nunca, muchísimo más lejos que el toro celestial de Aldebarán. Un poco mi plan de descanso de fin de temporada y un mucho el incógnito firme que de propósito mantuve por todos aquellos vericuetos isleños, me habían tenido apartado —diría yo que antípoda— de los aficionados mallorquines.

Pero también hay una estrella, hay un destino —que entonces cabría nombrar de «conjunción en Tauro»— que en aquella hora justa me puso bajo la cariñosa garra charra de «Don Lance». Me zamarreó «Don Lance», en plan de buena presa. Me afeó lo clandestino. Y me centró en «el toro», irremisiblemente, de golpe y porrazo. Me zampó a trompicon en un establecimiento de bebidas —de allí al lado— que dormita a la espalda del Consulado de Mar: «cas Quinito», como se dice allí.

Puerta vidriera.

[Corto recinto.

Fotos de toros en la

[pared.

Album de firmas y

[álbum de escritos

—vino en los vasos—,

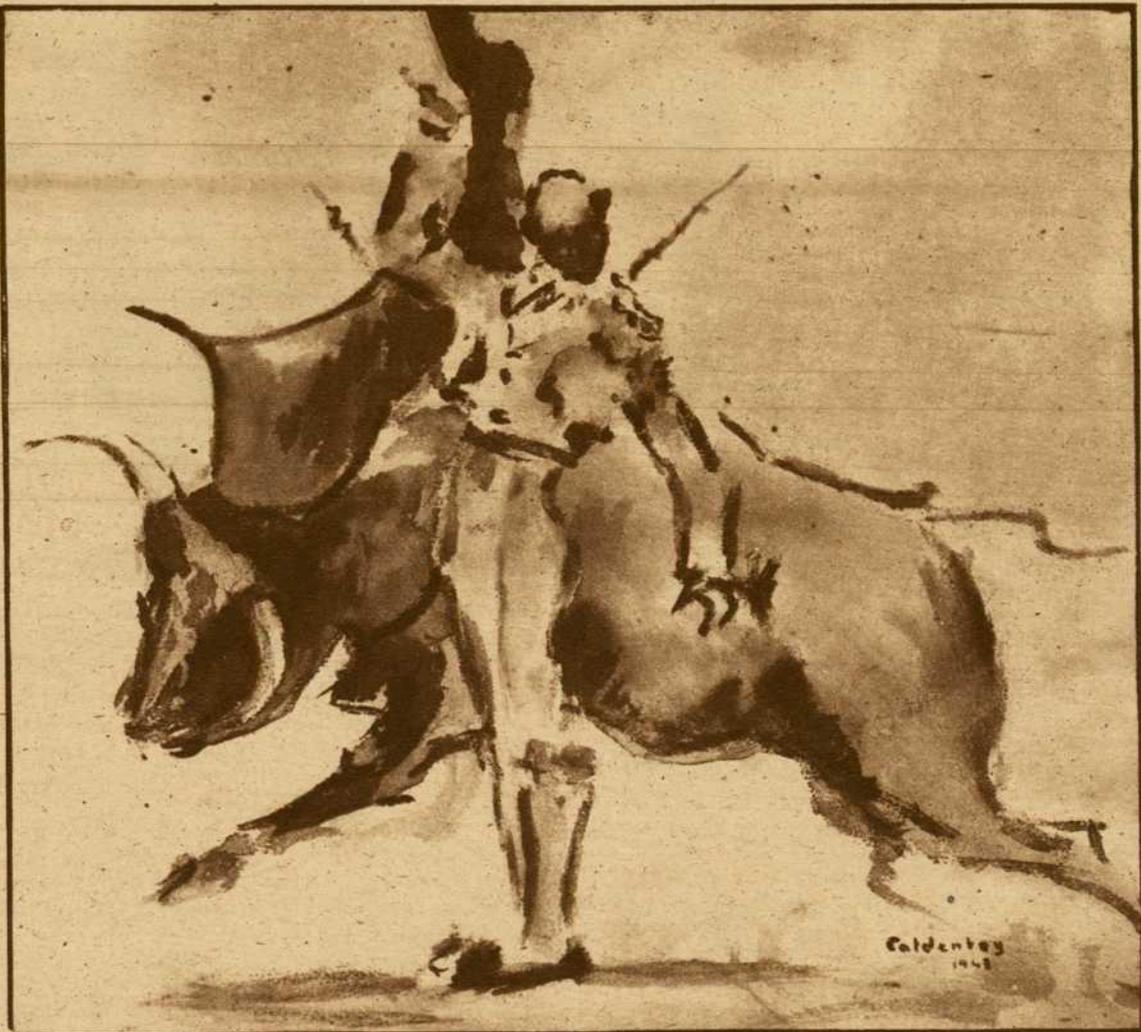
pluma y pincel.

Porque de todo eso había en la taberna del torero —o del ex torero— balear Quinito Caldentey. Caldentey: lo recordaba yo, de torero, con su nombre torero, de Quinito. Lo que yo no sabía ni me podía imaginar es que Quinito tuviera también todo eso, de aficiones intelectuales. Y, sin embargo, las tiene; en su corto recinto, tras su puerta vidriera, junto al vino en los vasos de los amigos contertulios. Quinito Caldentey escribe y pinta sobre toros.

Tiene un álbum para los que le visitan y otro de escritos suyos —que publica la Prensa local— con buenas lecciones de técnica en la que «está muy puesto». Y tiene mucho de dibujo y pintura: intuición muy de allí, ma-



El ex torero balear Quinito Caldentey



Un apunte taurino de Quinito Caldentey

lorquina, la cual le apasiona de tal modo que a cuantos le firman en su álbum de visitas les obliga también a pintarle un par de «monos» sea como sea.

Yo pinté. Vamos, rasgué. Es decir, garrapateé... peor que un escolar. Dios, ¡qué toro de miedo, de verdadero miedo, dejé allí! Como para una encuesta de las que hace Bellón.

Allí quedó, junto a la Lonja. Y junto a algo mejor. Esto otro que tiene allí también Quinito:

*Junto a la Lonja de Atarazanas,
frente a la estatua de Chaum
[Ferrer,
volanderías de un capotillo
de alas plegadas sobre un tonel.*

Lo más auténtico de todo, que es lo dicho: un capote de brega, marchito, amarillo de sustos y amoratado de emociones, condecorado de sangres. Un capote doblado como se doblan los capotes y puesto a la mano de quien quiera cogerlo, sobre la curva toral de una barrica de solera. Un capotillo de verdad, que es lo más sentimental y que es lo práctico cuando surge uno de esos problemas de geometría del es-

pacio que se dan en las disputas «del toro».

Con todo eso, es claro, en la botillería de Quinito se revive *La Lidia* y se convive EL RUEDO. Hasta el punto de que yo me llegué a imaginar con sorpresa lo que de todo ello pensaría, si lo viese, el buen Jaime Ferrer desde su siglo xv. Pero no. Porque el ilustre nauta mallorquín, erguido a la tancreda en su cimero pedestal de la plaza vecina, se encuentra segado de espaldas hacia el portón de «cas Quinito» y permanece siempre al lado de su alto cilindro de petrificados calabrotos, acomodado hogaño a ser un permanente vigía de crepúsculos.

Al contemplarle así, caí en la cuenta del contraste: atardeceres de esos que llamé «parnasianos»... y todos en Mallorca; incendios latinos al despeñarse el sol al mar...

Me acordé de los diestros insulares. Del Coliseo Balear, que es espléndido coso; del rondel de Inca, amargo ya; de la plaza de Alcudia, que ve dos babías, y merecía ser romana con sus sillares negros de centurias, bien inscritos al corro en el cubo de piedra de un baluarte. Vi a todo el archipiélago, con sus toros de bronce arqueológico, al quite en una esquina del cuadrilátero que forma con el Baal africano y La Camarga y la península. Y ni aun así podía creer... Pero era verdad:

*¿Toros en Palma? Barrio del puerto:
vino, tertulia, pluma y pincel.
Cuando atardezca por la Marina...
¡la bodeguita de Caldentey!*

COSAS QUE SE FUERON

¡Aquellas "salidas de los toros" en la Plaza vieja!

Por A. ALVAREZ TORAL



RECIENTE-
MENTE, la ame-
na glosa de mi
querido amigo y com-
pañero «Don Ista»
ponía notas de vivo
color y primoroso
ambiente a la ida a
los toros en la año-
rada Plaza de la ca-
rretera de Aragón.

Forzoso se hace
echar mano del pa-
radigma y evocar
aquellas «salidas de
los toros» —valga la

frase—, el espectáculo imborrable de la Avenida en dirección a la calle de Alcalá en las tardes de corrida, que hizo desbordar el entusiasmo del poeta de los cisnes, Rubén Darío, cuando otro poeta, el autor de «En tropel», Salvador Rueda, llevó al hispanoamericano a presenciar por primera vez una gran corrida de toros en la vieja Plaza.

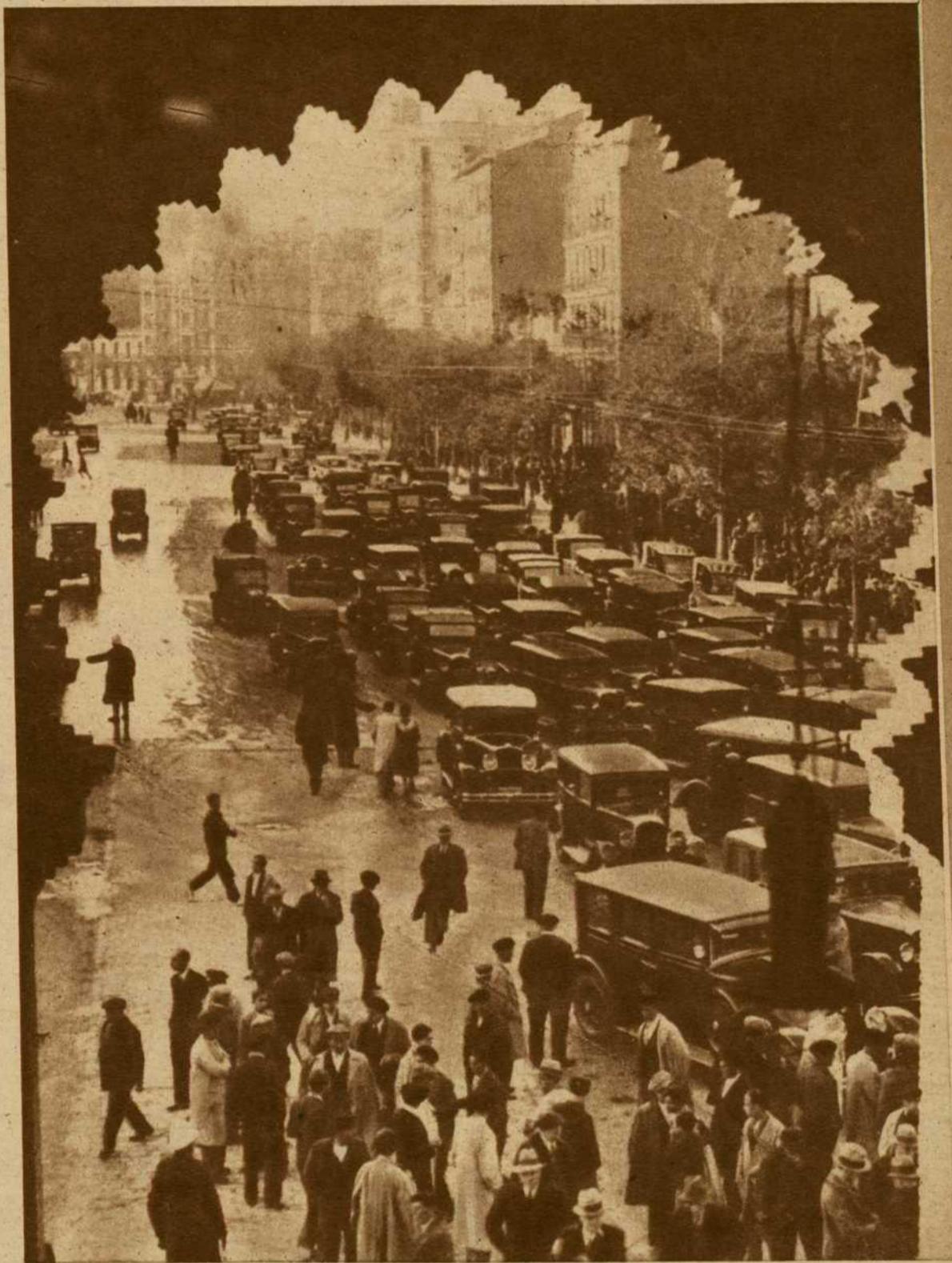
Toreaba el Guerra, señores. Era el 6 de abril de 1899, año en que el coloso cordobés daba su adiós definitivo a la profesión del toreo.

Tiempos venturosos del Madrid castizo y zarzuelero, que traen al recuerdo el costumbrismo de otrora y los tipos chulapos, con la estampa empalidecida del café Inglés, del Suizo y del Fornos, cuarteles generales de políticos y toreros, de aristócratas y del famoso perro «Paco», en cuyos divanes rojos queremos identificar la elegante silueta del duque de Tamames haciéndole guiños a Isabel, la florista, o entornando la mirada melancólica hacia los frescos de Bussaco.

El poeta de Nicaragua no perdió detalle. Gozaba de todos los pormenores del espectáculo, recogiendo maravillosamente la estampa de aquel tiempo. Más tarde, la hechicería de su pluma desgranó todo lo que captó su retina en una imponderable crónica que se publicó en un diario de la Argentina. Lo que más le subyugó fué el color, la bravura del espectáculo y la salida del público del histórico coso, «lleno de mujeres hermosas, de chispas, de voces, de reflejos».

Al contemplar esa «foto», la retentiva acusa toda la policromía de otra época, con su valor de estampa antigua. El fotógrafo se situó al fondo del arco mudéjar de la llamada puerta grande de la desaparecida Plaza de Toros de Madrid. A la izquierda vemos en seguida las clásicas aguadoras, que suspenden por unos instantes el gracioso pregón ambulante de «¡Agua fresca, agua; aguardiente, agua!», para entornar románticamente los ojos al paso del «mataor» triunfante, que es sacado a hombros después de una buena tarde; rebrilla a la derecha un plateado sombrero cordobés, como último vestigio de la juventud gloriosa de Lagartijo y Frascuelo, confundido con un enjambre de sombreros de paja; gorrillas, muchas gorrillas chulas de menestrales, y entre ellas, el airón garboso de una Mari-Pepa, ataviada con el mantón de flecos, como disponiéndose a entablar el dúo con Felipe—oro puro de corazón artesano—. Entre esos grupitos está también el grave caballero de elegantísima chistera, bastón y unas rodilleras horribles. Por entre esas interesantísimas figuras de viejo sainete anda la comadre con delantal y mantón que quiere enterarse de lo que pasa, y algún gigantesco soldado de Ingenieros «sin posibles». Vemos los guardias con uniforme azul y gorra con visera de hule, antiguos *romanones*, que igualmente participan de la apoteosis de gloria torera.

Por la amplia avenida de la Plaza, camino de la calle de Alcalá, discurren tranvías con jardinera, simones, muchos simones, y el oleaje de la muchedumbre que empieza a desbordarse. Ahí, en ese retazo,



La puerta grande de la Plaza vieja de Madrid.—Al fondo: Los autos en día de corrida

está concentrada toda la sal y pimienta del Madrid de ayer. El cuadro parece que ni pintado para una improvisación satírica de *Sentimientos* y el ambiente está perfumado de claveles dobles de Chapí.

Recojámonos un momento para ver mejor la girándula de verbena madrileña, henchida de gentes barriobajeras, millonarias de pasión. Bajo la luz del ocaso, todavía queda sol y nardo manolescos, apretujándose la gente que va saliendo de la Plaza en hiladas de sentimiento popular para estrechar la mano temblorosa del héroe de la pandereta taurina.

Buen motivo para el lienzo de un gran pintor. Gracias a esta «foto» evocadora podemos vivir unos momentos la gloria de aquella amable policromía —ya empalidecida por la pátina del tiempo— que hizo exclamar a Darío, turbado por la emoción: «Es tesoro en que los artistas de todo el orbe pueden abrevarse de los más embriagadores colores de belleza...»



Manolo Escudero y Angel Luis Bienvenida, antes del partido



Una línea delantera como para jugar un partido internacional; en el centro del quinteto, Pepe Bienvenida, eje del ataque. (Foto: Manzana.)

CUANDO NO HAY CORRIDAS

Los toreros juegan al fútbol

Un equipo taurino "casi" de primera división



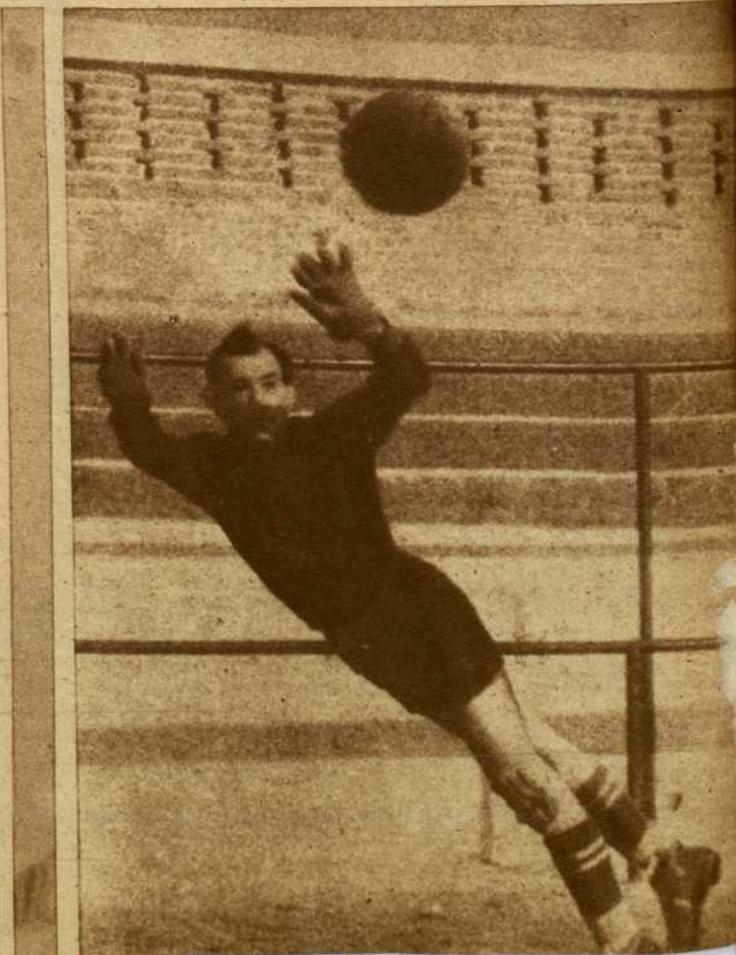
Arriba: Paco Lara, Curro Caro y Antonio Valencia III.—Abajo: Los gran paraca de Manolo Escudero



Arriba: Fernando Gago, Paco Lara y Valencia III.—Abajo: El trío defensivo: Valencia III, Manolo Escudero y El Pipi

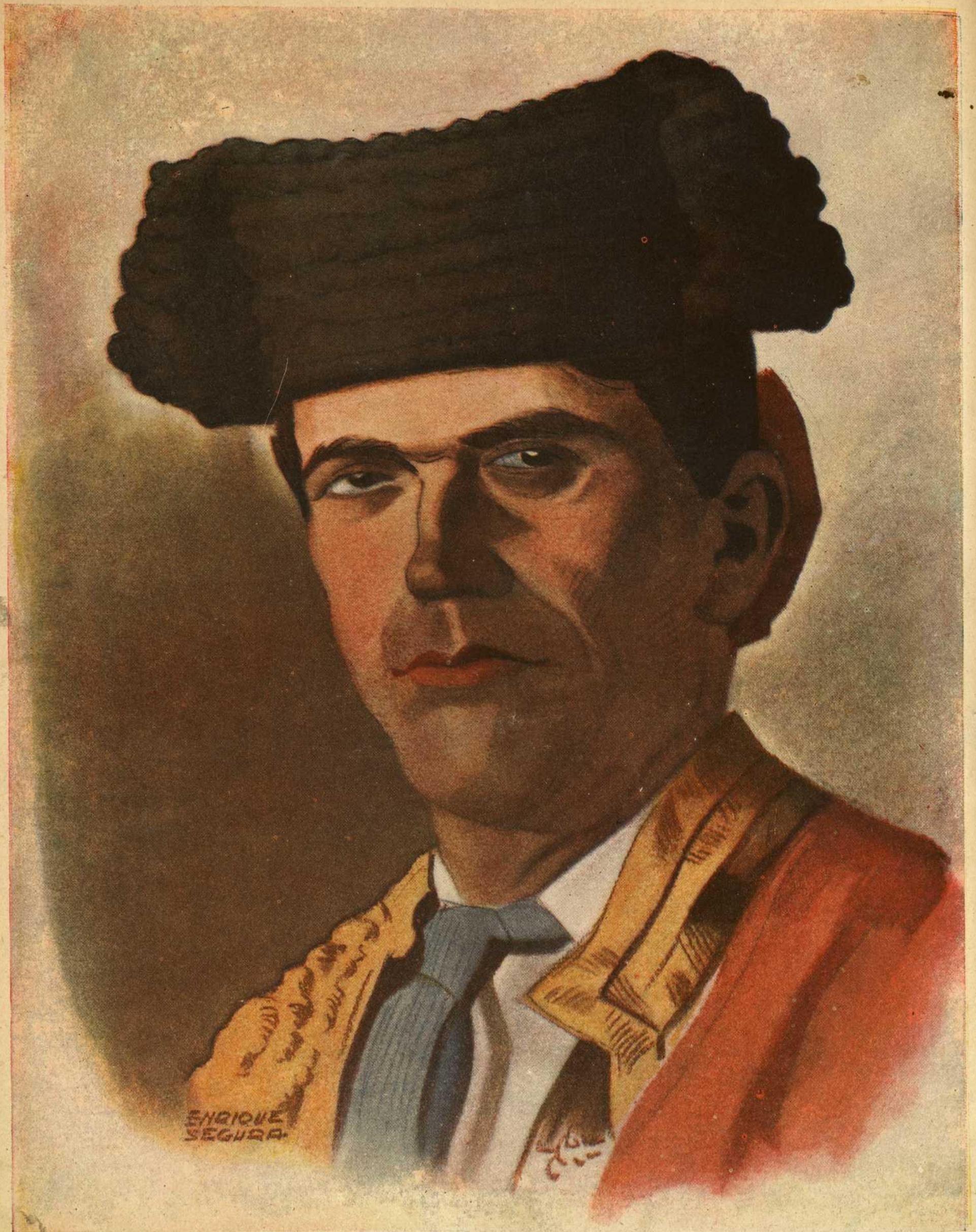


Arriba: Cristóbal Becerra, el "preparador", con Valencia III.—Abajo: Manolo Escudero, preparándose para salir





Francisco Parenti (El Artillero)
(Dibujo de R. Est'ban, de "La Lidia")



Toreros célebres: José Redondo, El Chiclanero
(Dibujo de Enrique Segura)